

HISTORIAS DE LA FAMILIA



Augusta Mª Teresa Gil Esparza

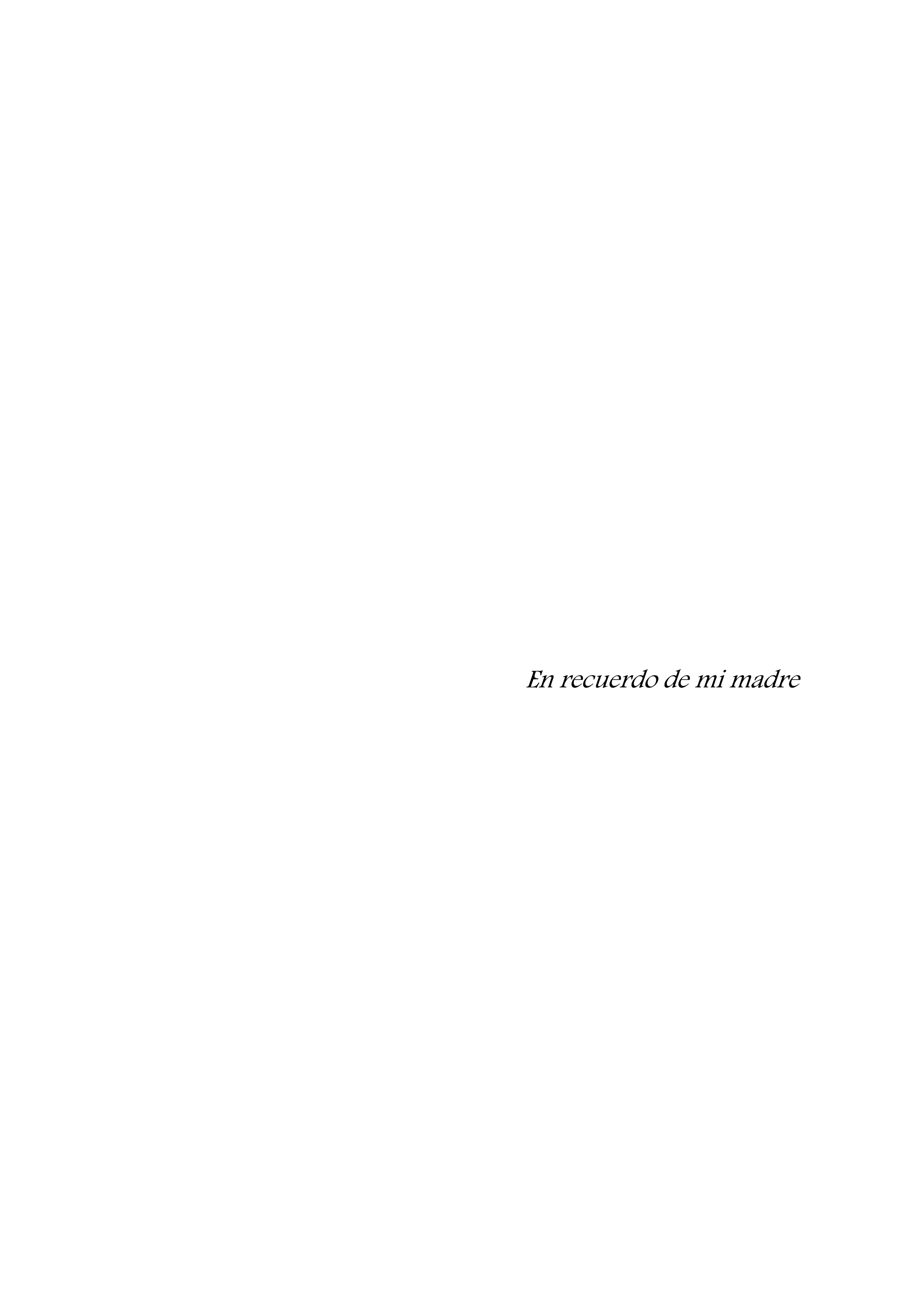
HISTORIAS DE LA FAMILIA

1904-1919

HISTORIAS DE LA FAMILIA
1904-1919

Augusta Mª Teresa Gil Esparza

Madrid 2020



En recuerdo de mi madre

Mi sincero agradecimiento

A todos los que, cuando era yo niña y joven, inculcaron en mí el amor a la familia. Mi gratitud hacia ellos es inmensa.

A Pili Esparza, Eduardo Hervás y Andrés Usán que me han dado ánimos para escribir y ayudado con el texto o con las ilustraciones.

Introducción

Mi madre ha sido la estrella que me ha guiado en la vida. Me fascinaba lo que me contaba de su familia y lo idealizada que tenía a su propia madre, a mi abuela Teresa. Yo, de mayor, —pensaba siendo niña— quiero ser como la abuela, igual de buena madre sacrificada e igual de hambrienta de conocimientos. Mis padres me decían que a mi abuela le gustaba pasar horas y horas leyendo poesía, epítomes, los periódicos y hojeando revistas gráficas como el Blanco y Negro. Lo de los epítomes me sugería todo un mundo de sabiduría. La abuela no leía ficción, ella quería saber de las cosas del mundo real.

La anécdota de cómo llegué a llamarme Augusta hace patente la veneración que sentía mi madre por la abuela. Según me contó mi progenitora, cuando yo nací, ella le dijo a su madre que quería ponerme su nombre, Teresa. La abuela le contestó que era mejor que me pusiera el nombre de mi abuelo Augusto, ya que el abuelo estaba desconsolado porque no le habían puesto a ningún nieto de primer nombre el suyo

(habían nacido cinco antes que yo). Mi madre no dudó en darle gusto.

Hasta que cumplí los cuatro años, pasaba mucho tiempo con los abuelos maternos en mi pueblo natal, Agaete, situado en el noroeste de Gran Canaria. Mis padres ejercían de maestros en pagos del centro y del noroeste de la isla. Yo estaba con mi madre y nos íbamos a Agaete, a casa de mis abuelos, los fines de semana y todas las vacaciones. De esos años guardo un par de recuerdos. Entonces mi padre se presentó a la oposición para obtener escuela en Las Palmas. Sacó la única plaza que se había ofertado. Mi madre pudo ejercer los derechos de consorte y a la capital me trasladé con papá y mamá, el mismo día que cumplí los cuatro años.

Cuando yo tenía ocho años, mis abuelos se vinieron de Agaete a vivir con nosotros a Las Palmas, al antiguo barrio de Vegueta. La abuela estaba muy enferma y apenas se levantaba de la cama. Ya no podía leer. Pasábamos mucho tiempo hablando. Ella me aconsejaba y siempre solucionaba mis dudas; yo estaba convencida de que era sabia. Murió dos años más tarde.

Al principio me parecía que el abuelo Augusto y yo gozábamos del mismo estatus en casa. Era el hermano que yo no tenía. Nos llamaban a la vez para sentarnos

a la mesa y nos servían lo mismo en los platos. La única tarea del hogar que hacíamos era hacernos nuestra cama, de lo demás estábamos liberados. Yo porque tenía que dedicar todo mi tiempo a estudiar; y, el abuelo porque no tenía costumbre, nunca había hecho nada en su casa. La cosa fue cambiando. Cuando cumplí once años, mis padres empezaron, de vez en cuando, a darme alguna tarea, como hacer un postre dulce o planchar el uniforme del colegio. En cambio, el abuelo dejó de hacerse su cama, envejecía, estaba cada vez más limitado.

El abuelo Augusto tenía una memoria portentosa. Cantaba en vasco los zorcicos que su madre le había enseñado siendo niño y recitaba las declinaciones latinas que había aprendido en el bachillerato.

Mis tíos, los tres hermanos varones de mi madre, Pedro, Rafael y Augusto, fueron conmigo cariñosos y buenos. Muchos días venían a la casa de Vegueta, sobre todo los domingos por la tarde, para ver a su padre, a mi abuelo Augusto. Las visitas me proporcionaban horas de entretenimiento feliz. Disfruté de las entrañables reuniones hasta pocos meses antes de fallecer el abuelo; esto es, durante gran parte de mi infancia y toda mi adolescencia, desde que tenía ocho años hasta los diecisiete.

Me gustaba escuchar las tertulias de mi abuelo, mis tíos y mis padres, yo las consideraba importantes. Casi siempre se hablaba del pasado con nostalgia. Las charlas transmitían amor por los predecesores y sugerían cómo había sido la familia y la sociedad que les había tocado vivir. Al menos, como ellos lo habían percibido. Los cuatro hermanos adoraban sin límites a su madre, a la abuela Teresa. A la hermana pequeña, a mi madre, sus hermanos le profesaban un amor especial, era "la niña", la única chica y la peque de la casa.

Los Esparza Martín tenían como bandera la honestidad. Entre ellos, en mi casa, de vez en cuando, armaban unas discusiones a voces que a mí me encantaban, eran muy, muy distraídas. Según mi padre, que había leído a Marañón, se alteraban porque sufrían de hipertensión. De todas formas, la sangre no llegaba al río porque en lo fundamental estaban de acuerdo. Discrepaban en minucias, eso sí, con mucha pasión. Al exterior formaban "una piña" y si surgía el caso de que alguno necesitara algo, los demás se desvivían. Era lo que hubiera querido la abuela —yo pensaba.

Al llegar a Madrid, con dieciocho años, para estudiar en la Complutense, conocí y traté al hermano menor de mi abuelo, a Jesús Esparza Arteche. Era un hombre muy familiar. En su casa me trataban con afecto y solía

ir a comer con ellos algunos domingos. Pasaba entonces la tarde de charla con mi tío abuelo.

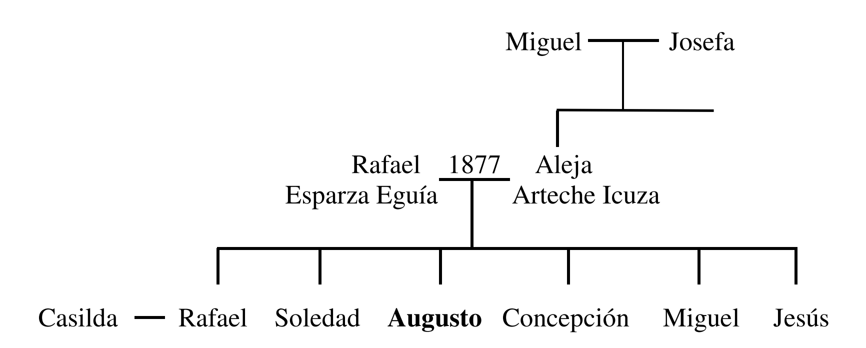
Mis abuelos maternos se conocieron y casaron a primeros del siglo XX, en 1904. Algunos países europeos se habían industrializado, pero España iba muy rezagada. No se llegaba a superar la debacle del 98 debido a la desastrosa economía, a la debilidad de los Gobiernos y al conflicto norte-africano. Una década más tarde, los años de la Primera Guerra Mundial fueron muy difíciles en nuestro país, a pesar de que, oficialmente, éramos neutrales.

Canarias fue la región española que sufrió con mayor dramatismo las consecuencias de la Gran Guerra, porque las potencias beligerantes la mantuvieron aislada. El único acceso para avituallar Canarias era la vía marítima y los puertos fueron bloqueados. La economía se desplomó a causa de la falta de actividad en los puertos. No había trabajo ni dinero. El archipiélago se vio desabastecido: no había carbón, ni alimentos, ni muchos artículos necesarios para el día a día. La situación se agravó aún más en 1917-18 debido a una sequía pertinaz. Los Esparza Martín no fueron ajenos a las penurias de la época que agravaron la frágil situación económica en la que ya vivían.

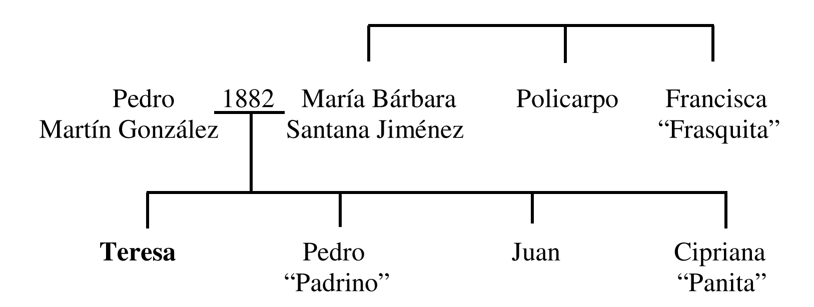
Estos relatos recogen retazos de la vida, hace más de cien años, de mis abuelos maternos y de la de algunos de sus parientes. Una familia que luchaba por sobrevivir en tiempos difíciles, de escasez y de guerra. En realidad, son historias de amor, de mucho amor, y de dolorosas pérdidas.

La fuente principal que he utilizado son mis recuerdos: de lo que me contaba mi madre, de las charlas con los abuelos Teresa y Augusto, de lo que escuchaba durante las reuniones familiares en mi casa de Vegueta y de las conversaciones con el tío abuelo Jesús. He releído los documentos familiares que han llegado a mis manos y acudido a hemerotecas para contextualizar los hechos y confirmar fechas.

FAMILIA ESPARZA ARTECHE



FAMILIA MARTÍN SANTANA



Augusto y Teresa tuvieron nueve hijos: Concepción*, Rafael*, Rafael*, Pedro, Teresa*, Rafael, Augusto, Miguel* y Carmen. Los señalados con un asterisco fallecieron al poco de nacer o durante la infancia.

Índice

Aventura y destino

Gran Canaria, 1904

El Ciudad de Cádiz se aproxima al Puerto de La Luz. En su cubierta, numerosos grupos de militares observan las maniobras de atraque, en el muelle de Santa Catalina, dirigida por el práctico que llegó en la falúa del puerto. Augusto, un sargento joven, veinte años, charla con su capitán, Manuel De la Gándara, con el que ha entablado una buena amistad. El capitán conoce bien al padre del joven, el coronel Rafael Esparza, por haber coincidido en un destino anterior. Sabe de la nobleza del muchacho y de su familia.

—Mi capitán, me pregunto cómo nos irá por esta tierra.

—Me parece que va a ser una aventura que no vamos a olvidar. Hoy es un día especial, veintinueve de febrero. Algunas personas tienen prevención a este día. Cosas de gente supersticiosa. Desde luego, Gran Canaria está bien lejos de la Península. No deja de ser África.

Los hombres callan y siguen con atención los movimientos del vapor. A medio día, el barco ya ha atracado. A primera hora de la tarde, de forma ordenada, comienza a desembarcar la tropa, más de ochocientos hombres, cada uno de ellos con su petate al hombro. Augusto y Manolo son de los últimos en bajar. Pertenecen al Primer Batallón del Regimiento Valencia 23, que va a ser alojado en unos almacenes del mismo puerto, a la espera de partir para su destino.

Debido a la recién declarada guerra ruso-japonesa, el Gobierno español ha decidido reforzar la presencia militar en las islas porque piensan que las Canarias, dada su valiosa situación estratégica, puedan ser invadidas por alguna potencia extranjera. Temen, en particular, que Inglaterra las ocupe en el caso de entrar en guerra, por su vinculación comercial con ellas.

El Primer Batallón del Regimiento Valencia 23 es destinado a defender el norte de Gran Canaria. Parten a pie el tres de marzo. Al anochecer llegan a Arucas, ciudad en la que se queda la Primera Compañía. Al siguiente día salen para Guía y Gáldar (donde han de quedar la Segunda y la Tercera Compañía) y llegan a esta última ciudad el cuatro de marzo. La Cuarta Compañía, a la que pertenece Augusto, con su capitán Manolo De la Gándara al frente, es enviada a Agaete. Los militares, cerca de un centenar, son recibidos en la

villa con alborozo. El alcalde, don Juan de Armas, y el párroco, don Juan Valls, encabezan el comité de la cálida bienvenida. Los jóvenes militares traen aire fresco y causan revuelo entre las jóvenes casaderas.

Ya en los primeros días, los recién llegados descubren que el pueblo tiene muchos atractivos. Del casco urbano, a Augusto le agrada, en especial, el amplio y reciente edificio de la iglesia parroquial; las casas aledañas, muchas de ellas con patios interiores repletos de exuberantes plantas; el barranco próximo que baja bien cargado de agua, porque el invierno ha sido este año generoso; y el Huerto de las Flores, un jardín de árboles exóticos, con troncos, hojas y flores de formas y colores increíbles. Él nunca ha visto un conjunto tan extraordinario de plantas.

A través de los "reconocimientos", marchas a pie necesarias para hacerse cargo de las características del territorio que tienen encomendado proteger, la tropa va conociendo el término municipal.

A la costa llegan pronto, está a menos de dos kilómetros del núcleo principal. Allí encuentran el Puerto de Las Nieves. Augusto se sorprende al ver unos acantilados de gran belleza y le llama la atención el singular Roque Partido. Le explican que el mar es la vía de comunicación prioritaria con Las Palmas, ya que

el transporte por carretera es muy lento y tedioso; con la Aldea, con la que ni siquiera hay carretera; y con la vecina isla de Tenerife. Y que Las Nieves es, con seguridad, el mejor puerto pesquero de la isla. Augusto observa cómo hombres y mujeres se dedican en las playitas a remendar redes, mientras charlan animadamente.

Otro día salen en sentido contrario, hacia las montañas, a recorrer el Valle. La espectacular orografía y la agreste vegetación impresionan al joven sargento. El invierno aún no ha acabado y la paleta de verdes que se presenta ante sus ojos es magnífica.

Augusto queda prendado por los encantos del lugar al que le ha enviado el Ejército. Aunque el clima le parece algo ventoso, las temperaturas son suaves todo el año. Ya le han dicho que el abrigo de lana que viene en el equipo lo usará contados días de invierno. En la recoleta villa, tan cerca de la impresionante costa y de la montaña, a él le parece que está en el mismo paraíso. Nada que ver con los comentarios que ha oído de los que estuvieron destinados en el norte de África, entre ellos los de su padre, que estuvo en Melilla unos meses, cuando él era un niño. Allí, dicen, la tierra es un páramo y el mar tiene escasa belleza.

El habla de los canarios le agrada mucho al joven, aunque a veces le es difícil de entender lo que dicen. Él es un hombre abierto y, como varios de sus

compañeros, está interesado en conocer las costumbres de los lugareños y, a ser posible, trabar amistad con los del pueblo.

A los pocos días de llegar, en un día de descanso, el capitán de la compañía, junto a un par de amigos entre los que se encuentra Augusto, solicita visitar a la familia Martín. Les han dicho que es una de las más ilustres del pueblo. La cabeza de familia, María Bárbara (todos la llaman doña María), que ha quedado viuda pocos meses atrás, acepta encantada. En la casa de la calle Guayarmina se prepara una merienda y Teresa, la hija mayor, ameniza la tarde interpretando al piano unas piezas de Chopin que conoce de memoria.

Al día siguiente, temprano, se recibe en la casa una tarjeta de agradecimiento de Augusto. En ella da las gracias por las atenciones que ha recibido la víspera, declara su admiración por la "consumada" pianista y pide permiso para visitarla. Teresa acepta porque ha quedado atrapada por la exquisitez del detalle y porque considera que el pretendiente es educado y apuesto, tiene facciones regulares en las que destacan unos grandes ojos oscuros, el pelo negro rizado y un cuidado bigote. A partir de ahí, el cortejo se inicia.

En las tardes que Augusto y Teresa pasan charlando en la sala de la casa de la calle Guayarmina, la joven

pareja profundiza en la relación. Ella descubre que él es más joven de lo que aparenta (tiene unos meses menos que ella) y que es un hombre culto. Ha estudiado el bachillerato completo (incluidas asignaturas de latín y francés), sus maneras son refinadas y tiene profundas convicciones morales y religiosas. Nació en Madrid en el seno de una familia de militares de ascendencia navarra y vasca. Es el mediano de varios hermanos.

A Teresa le gustó mucho que él le cantase unos zorcicos en vasco y que le tradujera las letras. Le contó que su madre, Aleja, se los cantaba a él y a sus hermanos cuando eran pequeños.

Calian pasatzen
maitia deutzut beguiratzen
dempora lucian
maitia nere biotzian.
……………………..

Cada vez que te veo
con el ojo derecho
Pero si no te veo
grandes penas padezco
………………………

A su vez, Augusto se ha encontrado con una mujer que supera todas sus expectativas. Alta, esbelta, de ademanes suaves, con tez trigueña. En su cara agraciada destacan unos ojos almendrados de color verde. Lleva el pelo castaño claro recogido en un

discreto moño alto. Estudió para maestra de primera enseñanza. Toca el piano, le gusta dibujar y leer.



Teresa Martin Santana, 1898. Autorretrato. Dibujo sobre seda.

Augusto se comporta como un hombre muy familiar. Escribe a sus padres y hermanos con frecuencia y les envía fotografías suyas para que comprueben que se encuentra bien. Y lee a la que considera ya su novia las misivas que recibe en respuesta. La última enviada por su padre le parece a Teresa que está llena de sentido común y buenos consejos:

+

Vitoria, 4 de Mayo 1904

Querido hijo Augusto: hace pocos días te escribí; y hoy vuelvo a hacerlo para acusarte recibo de tu retrato que nos agrada mucho: parece que estás bastante bien.

……………………………………………………………

Mamá dice que agradece y le gusta el retrato; y que el gasto de postales supone poco; pero te conoce y prevé que haciéndote ilusiones de que tienes dinero, te vas a ver arruinado: que mires tus gastos y (si como dices) haces ahorros, tengas cuidado donde los has de conservar; y que no te estorbará el día de mañana encontrarte con alguna cantidad economizada.

……………………………………………………………….

Veo conoces de la inconveniencia de abusar de comida y bebida en un país al que no estáis aclimatados. Procura conservar cuerpo y alma: tener la conciencia tranquila, cumplir fielmente el deber. Todo esto será verdadero alcance que hallarás el día de mañana, en este mundo y en el otro. Estudia también lo que te obliguen; y a ser posible, algo más.

Y sin otra cosa por hoy, te abraza tu padre,

Rafael

—¡Qué sensato su padre! —observa la joven con una amplia sonrisa.

—Sí, tiene mucha razón en todo, sobre todo en lo de ser prudente. Mire, le voy a contar una cosa, Teresa, por si llegan a sus oídos comentarios. Quiero que lo sepa por mis propios labios.

—Cuénteme. Pero insisto en que nos tuteemos, Augusto —le contesta Teresa arqueando las cejas, expectante.

—Como te dije, ayer fui a bañarme a Las Nieves con unos compañeros. Hacía calor y en cuanto llegamos nos fuimos al agua. Yo no sé nadar; así que, me puse a "hacer el muerto"; ya sabes, a flotar. No me daba cuenta de que la corriente me estaba llevando mar adentro. Unos pescadores se percataron y se metieron al agua a avisarme. Les tuve que pedir ayuda para alcanzar la orilla porque donde estaba no hacía pie.

—¡Qué susto! Menos mal que la cosa no fue a más. ¡Al mar hay que temerle respeto! —exclama Teresa, mientras estruja con nerviosismo un pañuelito que tiene entre las manos.

—Sobre todo a este océano Atlántico. Yo me he bañado en las aguas del Mediterráneo, en Valencia. Allí he vivido con mi familia varios años. Y "hacía el muerto" con toda tranquilidad, en paralelo a la orilla y donde hacía pie; así que podía regresar sin problemas. Aquí hay que tener mucho cuidado con las corrientes. No te preocupes más Teresa, he aprendido la lección —Augusto remata la frase levantando un poco la voz.

Está algo avanzado el mes de mayo, cuando Manolo De la Gándara, al acabar su habitual reunión con los tenientes y sargentos de la compañía, llama en un aparte a Augusto.

—Tan solo dos meses desde que llegamos en el Ciudad de Cádiz y ¿ya está con novia? Qué, ¿es para pasar el rato?

—No, mi capitán, nunca me había pasado, lo que siento es algo indescriptible. Creo que me he enamorado hasta las trancas.

—Ya, si yo lo entiendo. Teresa es guapísima y muy culta. Tiene unos ojos y una sonrisa para perder el sentido. Su familia parece acomodada, tienen una casa muy bien puesta… Porque yo tengo a mi Felisa que me espera en la Península…; si no, se la quitaba —Manolo remata la frase con una carcajada. De

repente la expresión de su rostro cambia, se pone muy serio y añade:

—Usted no me preocupa, el que me tiene en vilo es Tito Aguinaldo, el que se dice sobrino del que ha sido presidente de Filipinas. Me dicen que se está metiendo en líos con unos paisanos, que se insultan por la calle, cuestión de faldas.

Quitando los altercados de Aguinaldo, la vida de los militares transcurre plácidamente. En Agaete se les acepta con cariño y ellos no cejan en el empeño de confraternizar con la sociedad civil. La gente disfruta mucho los días que la banda de música del Valencia 23 viene a tocar al pueblo. Es la mejor banda de música militar del archipiélago. Así lo reconocen en el concurso de bandas que hay en Santa Cruz de Tenerife donde reciben el primer premio. El coronel del regimiento ha prometido que la banda amenice en las fiestas de la Virgen de las Nieves, a primeros de agosto.

En la madrugada del 30 de mayo, De la Gándara se ve obligado a detener al sargento Tito Aguinaldo. Los del pueblo le acusan de haber matado esa misma noche a Juan Godoy, alias Juan Cebolla, de ocupación borriquero. El Mauser del sargento tiene signos de

haber sido utilizado en las últimas horas. Al capitán le dan distintas versiones de lo ocurrido. El coronel del regimiento es avisado y, ante la gravedad del caso, llega a las pocas horas. A Tito lo trasladan al calabozo militar de la isla. El juzgado militar le instruirá sumario. El capitán siempre supo que era la oveja negra de su compañía.

La familia de Teresa comprueba que la relación de los jóvenes va viento en popa, cuando ella les muestra la fotografía que él le ha regalado, en la que se lee:

> A la muy bella y distinguida señorita Teresa Martín, dedico este retrato, en prueba del intenso cariño que le profeso.
> Su servidor,[1]
> Augusto Esparza
> Agaete 6 - 6 - 1904

A primeros de julio, llegan a la compañía noticias que causan inquietud. De la Gándara habla con un grupo de su tropa entre los que se encuentra Augusto:

—Compañeros, me han confirmado que el Ministro de la Guerra, el general Linares, se propone hacer, este mismo verano, una reorganización militar de Canarias. En Gran Canaria se van a crear dos nuevos

---

[1] Dedicatoria de la fotografía de Augusto Esparza Arteche que aparece en la portada.

regimientos, el Las Palmas y el Guía. A Agaete vendrá una compañía del de Guía. Se pretende que una pequeña parte de nuestro regimiento se incorpore al nuevo Regimiento Guía. Aviso, solo hay cupo para un sargento.

El capitán sigue explicando cómo piensa que va a llevarse a cabo la reestructuración. Hay comentarios de los compañeros. Augusto ni escucha ni es capaz de hablar. La noticia le ha sentado como un jarro de agua fría. Se aleja despacio del grupo. Teme que el Ejército le pueda devolver a la Península en pocos días.

Esa tarde, al llegar su novio a visitarla, Teresa nota que algo le pasa. Augusto está muy serio. Se sientan en el patio de flores y él le cuenta las novedades. ¿Qué hacer? Lo ven claro, se quieren y no van a permitir que les separen. Deciden casarse cuanto antes.

Un par de días más tarde, los novios reúnen fuerzas y valor para comunicárselo a la madre de ella. doña María quedó viuda hace menos de dos años. Se apoya mucho en Teresa, la hija mayor, es su mano derecha. Cuando recibe la noticia, la madre pregunta alterada:

—Pero, no lo puedo creer, ¿se quieren ustedes casar a los tres meses de conocerse…, qué prisa hay?

A los novios les cuesta trabajo que doña María lo acepte. Consiente al conocer los motivos de la decisión y cuando le aseguran que, una vez casados, se

quedarán a vivir con ella en Agaete. Él dejará el Ejército si es necesario. Augusto hará cualquier cosa con tal de no separarse de su amor. La suerte está echada.



María Bárbara Santana Jiménez

La gestión de los papeles para el matrimonio se presenta complicada. Él debería solicitar permiso a la autoridad militar. Pero están en campaña, no se lo van a dar y, además, tardarían bastante tiempo en contestar, el trámite es tedioso. Deben darse prisa, hacerlo antes de que Augusto sea trasladado. El joven pide consejo a De la Gándara y éste lo deriva al capellán castrense del regimiento, que reside en Telde. Se organiza la ceremonia en ésta ciudad, en la parroquia de San Gregorio, sin el permiso militar.

Aconsejan a Augusto que deje el Ejército antes de que se lleve a cabo el traslado del regimiento a la Península. Él piensa que quizá su padre, que es Coronel Jefe en Burgos, pueda arreglar a posteriori el asunto del permiso.

Se casarán el diez de agosto. Él tiene veinte años (diez días más tarde cumplirá los veintiuno); ella, veintiuno. A Telde acompañan a Teresa y a su madre dos caballeros de la confianza de la familia, ya que los hermanos varones, Pedro y Juan, son aún muy jóvenes para hacerlo. El tío Policarpo, hermano de doña María, y don Antonio Rodríguez, que había sido muy amigo de Pedro Martín, el difunto padre de la novia, son los escoltas y serán los testigos del enlace.

Llegan a Telde, vía Las Palmas, en el coche de caballos de línea y van a una fonda donde cenan y duermen. Teresa no puede conciliar el sueño en toda la noche. Al día siguiente, a primera hora de la mañana, se casan. Ella va de negro, está de luto riguroso por el fallecimiento de su padre, él viste el uniforme militar. Después todos van a desayunar a una tasca y comienzan el regreso a Agaete. Allí les espera el resto de la familia.

La noche que regresan a Agaete, hay una celebración íntima en la casa. No se invita a amigos y conocidos porque están de luto. Los hermanos de Teresa disfrutan el momento entusiasmados. La cena

es excelente, en la casa existe una cierta holgura económica. Brindan repetidas veces por los novios.

Después de la cena, el joven matrimonio se va al dormitorio que les han preparado. De pronto, el semblante de Augusto cambia, adopta un rictus de seriedad. Le pide a Teresa que se siente porque tiene que hablarle. Ella, extrañada, lo hace en una silla, al lado de la cama. Él empieza a pasear de un extremo a otro de la estancia con las manos cogidas atrás, a la espalda. No arranca a hablar, ella calla, expectante. Por fin, él se decide:

─Teresa, en casa los pantalones los llevo yo. Quiero que esto quede claro desde el primer momento. Las cuestiones "de alcance" son de mi competencia ─le dice con voz grave.

Teresa se queda tan sorprendida que no sabe si reír o llorar. Quizá la pequeña diferencia de edad entre ellos le esté produciendo inseguridad ─piensa. No lo sabe; pero siempre va a tener claro que, oficialmente, las cosas "de alcance" las lleva su marido.

El veinticuatro de agosto se publica, en la *Gaceta de Madrid,* el Real Decreto que aprueba la reorganización militar de las islas. Pocos días antes se había publicado la reorganización de las Baleares, archipiélago que

estaba especialmente protegido por las mismas razones estratégicas que las Canarias.

El desalojo del Regimiento Valencia 23 se lleva a cabo. El cinco de septiembre se marcha de Agaete la compañía del capitán De la Gándara. Embarca el día ocho, con el resto de la tropa, en el Puerto de la Luz para regresar a la Península. El alcalde de Las Palmas los despide y obsequia con unas cajas de bananas.

El *Diario de Las Palmas,* del 13 de septiembre, hace una larga reseña de la marcha del Valencia 23, la titula *La despedida de las tropas en el Norte*. Así comienza:

> De Agaete, Gáldar y Guía salieron las fuerzas del Valencia 23 acompañadas por el pueblo que les hizo una despedida entusiasta y cariñosa.
> El sentimiento por su marcha ha sido general. Cariño y simpatía se conquistaron en ellos tanto los jefes y oficiales como los soldados.
> El comportamiento de éstos, ejemplar digno de mención. Nunca se olvidará el buen recuerdo que dejan de su estancia allí…
> ……………………………………….

La aventura canaria ha acabado para los militares que habían llegado tan solo seis meses antes al Puerto de La Luz (salvo para los pocos que se incorporan a los nuevos regimientos Las Palmas y Guía).

Augusto ha elegido quedarse en Agaete por amor y no regresa con sus compañeros. Deja la vida militar. El destino le lleva por otros derroteros.

Otros buscan caminos

Agaete, diciembre 1908

Está cayendo la tarde y en la casa de Guayarmina hay más trasiego de gente que de costumbre. Acaba de llegar el aya a recoger a Leonor Ramos, la hija de don Graciliano. La niña viene muchas tardes a practicar con el piano, es el único que hay en el pueblo. Fue uno de los últimos regalos que Pedro Martín hizo a su hija Teresa antes de morir. Al marcharse, Leonor, que ya ha cumplido los trece años, se despide cariñosa de doña María.

Hace pocas horas, han llegado de Las Palmas el tío Policarpo y la tía Frasquita, los dos hermanos de María Bárbara, que vienen a pasar una semana con la familia de Agaete. En el comedor se sientan los tres hermanos a ponerse al día de los asuntos familiares.

—Mucho tenemos que hablar, hermana —dice con gesto serio Policarpo.

—No hemos visto aún a Teresa ni al niño chico, a Pedrito. Nos dijo Augusto que no pasáramos a la

habitación, que dormían. ¿Qué tal están? —pregunta Frasquita con voz apremiante.

María Bárbara mira con ternura a su hermana pequeña. Siempre la ha considerado como una hija. Cuando ella se casó, con diecinueve años, Frasquita era una niña de seis. Teresa y la joven tía solo se llevan siete años y se quieren mucho.

—Todo por ahora va bien, el niño ha cogido el pecho sin problema. Parece fuerte, ya pronto cumplirá un mes. Veremos cómo sale adelante. Estamos todos contentos, muy contentos con él. Díganme: ¿Cómo fue el viaje? Una paliza como siempre, imagino —contesta María esbozando una sonrisa.

—Pues sí. Pero creo que va a ser el último que hagamos en coche de caballos. Han anunciado que el año que viene, la Compañía de Automóviles de Gran Canaria pondrá un servicio de azules, coches a motor, entre Las Palmas y Agaete —comenta Policarpo con alegría.

María Bárbara y Frasquita hacen gestos de entusiasmo y el hermano añade:

—Son unos automóviles estupendos, grandes, de hierro con carroza de madera, ventanales abiertos y grandes ruedas. Los llaman los azules por el color del que van pintados. Yo calculo que en unas dos horas y media o tres puedan hacer, fácil, el trayecto de la

capital hasta aquí. Bueno, habrá que sumar el tiempo que se pierda con las paradas intermedias. Pongamos, como mucho, tres horas y media. Lo digo porque he hecho la ruta que se inauguró este año, la de Las Palmas a San Mateo. Los dieciocho o veinte kilómetros que hay de distancia los despachó el coche en treinta y cinco minutos.

—¡Qué buena noticia Policarpo! El tiempo del viaje se reduce a menos de la mitad —observa María.

—Y me han dicho que los coches a motor son mucho más cómodos. Nada que ver con los de caballos —añade una animada Frasquita.

En ese momento, entra Augusto en el comedor y se une a la charla. Policarpo se dirige a él con una sonrisa:

—¿Cómo van las cosas por Agaete, sobrino?

—Van, van, que no es poco.

—Cuénteme algo de la Sociedad Recreativa. Ya lleva más de un año desde que ustedes la formaron —insiste curioso el tío político.

—Bueno, pues yo creo que va bien, cumplimos objetivos. Y para el próximo año voy a tener más responsabilidades en ella. Me nombran vicepresidente y a mi cuñado Juan, a su hijo, doña María, le van a nombrar vicesecretario.

—¡Vaya! Eso no lo sabía yo, —dice María Bárbara con gesto de sorpresa— pues le va servir de entretenimiento. Desde que quebró nuestro comercio, no ha conseguido un trabajo como es debido. Está desmoralizado.

Los cuatro se quedan en silencio unos minutos, alicaídos. Lo rompe Policarpo:

—Venía yo con la idea de hablar contigo de tu hijo, hermana. Pero no quiero que le sigas dando vueltas y vueltas al fracaso del negocio. Ustedes hicieron todo lo que estaba en sus manos. Cuando murió tu marido Pedro, Teresa acababa de cumplir diecinueve años y no era apropiado que una chica asumiera la gestión del comercio familiar. Los varones eran aún adolescentes y no habían terminado los estudios. Tampoco ninguno de ellos estaba preparado para ocupar el puesto del padre en los negocios. Augusto se unió a la familia dos años más tarde, pero no conocía, ni conoce, los entresijos del comercio en la isla. Hay que pasar página y centrarse en lo que le conviene a Juan. A él, la vida del pueblo le aburre. No le gusta la agricultura como a tu hijo Pedro, no sirve para gestionar el campo.

—No, en absoluto. Lo hablaba yo el otro día con el maestro, don José Sánchez. Me confirmó lo que ya sabía. Juan es muy bueno para los números. A él se le da bien la contabilidad. Es un hombre de oficina, no le

gustan las tierras —dice María Bárbara con voz quejosa.

—¡Ahí voy yo! —exclama Policarpo— a eso me refería cuando te dije que teníamos que hablar. Aquí en Agaete no va a encontrar trabajo. Y en Las Palmas, aunque la cosa no está fácil, si se empeña, encontrará.

Los hermanos se quedan en silencio. Lo rompe María Bárbara:

—Varios muchachos del pueblo han emigrado a Argentina y Juanito lo está sopesando. Yo lo estuve hablando con don José, el maestro. El Gobierno argentino recibe a los chicos con los brazos abiertos; les proporciona hotel y comida a la llegada, y les ayuda a buscar trabajo. Ahora en Buenos Aires se hacen muchos negocios y encontrar allí un puesto de contable no es difícil. Al parecer las condiciones que ofrecen son muy buenas y, al poco tiempo, hay posibilidades de ascender.

Frasquita, que es una joven impulsiva, interrumpe:

—¡Pero ser un emigrante! ¡Es tan difícil que vuelva! Es perderlo para siempre.



Juan Martín Santana

María Bárbara tiene los ojos velados por lágrimas. Policarpo le coge una mano y con voz enérgica pone punto y final:

—Dejemos el tema. Voy a hablar seriamente con Juanito. Ya veremos lo que ocurre. Que lo piense bien y, si decide irse, habrá que apoyarle.

Augusto, que se ha mantenido en silencio, se levanta y despide:

—Voy a ver si Teresa está ya despierta.

Sale cabizbajo del comedor. Está pensando que él también es un hombre de oficina, como su cuñado Juan, pero que no debe irse de Agaete dejando atrás a

su familia. Tampoco puede emigrar con ella sin exponer a Teresa y a los niños a privaciones que, seguro, serían más duras que las que sufren en Agaete.

Teresa está despierta, tiene en sus manos el número de diciembre de la *Revista de Municipios* que Augusto le trajo el día anterior. Al ver que su marido entra mostrándole una carta, aparca la lectura y dice:

—Parece que traes novedades.

—Sí, he recibido carta de mi hermano Rafael. Se ha vuelto de Londres donde estaba haciendo unos cursos de inglés. Ahora está en Burgos. Me dice que ha adelantado el regreso porque quiere preparar el matrimonio con Casilda, su novia burgalesa. Debe ser que el sentirse solo en Inglaterra le ha hecho añorar tener una familia.

—Y que ya tiene su edad, es el mayor de todos ustedes ¿no? —reflexiona Teresa— ¿Cuántos años tiene?

—Cumplirá treinta en mayo. También me cuenta que Miguel, que salió de la Academia hace unos meses, va a pedir que le destinen a Melilla. Pero esperará a marcharse a que se case Rafael. No quiere faltar a la boda. Imagino que voy a ser el único de los hermanos

que no asista. Él me insiste en que vaya, pero no me lo puedo permitir.

—Ya tengo ganas de que nos manden fotografías de los novios... —dice Teresa a la vez que suspira— Oye, Augusto, está muy interesante la *Revista de Municipios* que me trajiste. Exponen la situación que sufrimos las islas orientales, dependiendo para todo de Santa Cruz. Publicar este artículo ha sido poner una pica en Flandes.

—Desde luego, lo es. El mérito es del alcalde de Las Palmas, don Ambrosio Hurtado de Mendoza. Le hicieron una entrevista los de la revista cuando estuvo el mes pasado en Madrid. La organizó su tío, Benito Pérez Galdós. El material de la conversación lo han volcado en el texto. El alcalde ha sido muy explícito en la descripción de las islas y en señalar los problemas que tenemos.

—Sí. Está muy bien todo lo que pone de nuestras islas y del Puerto de la Luz. Pero el capítulo que habrá sorprendido más a los lectores es el que recoge los agravios que ha sufrido Las Palmas empezando por aquello de *los obstáculos constantes y repetidos que ha opuesto Santa Cruz al desarrollo de la riqueza en Gran Canaria y Las Palmas…*

Augusto se sienta al lado de su mujer y escucha mientras ella lee algunos párrafos del artículo. Cuando ella acaba, él apostilla:

—La procedencia de la división administrativa insular y provincial de las Canarias ha quedado patente. Se reconoce que es una necesidad acuciante. Sin duda, algo conseguirán las islas orientales, habrá que esperar.

Teresa asiente mientras Augusto comenta:

—Seguro que llegará el día. Pero la gran pena ha sido la pérdida de nuestro gran defensor, José del Perojo, cuando cayó muerto en el Congreso de los Diputados víctima de un ataque al corazón. Justo acababa de defender la enmienda al proyecto de Administración Local que haría posible una mayor independencia administrativa, efectiva y realista, entre las islas. Aún no nos hemos recuperado del disgusto. ¡Qué lástima tan grande!

La pareja guarda silencio, pensativa. Tras un par de minutos Augusto extrae del bolsillo un librito que entrega a Teresa.

—Olvidaba dártelo. Es el libro de poemas de Tomás Morales Castellano, del que hablamos el otro día. He podido conseguirlo a través de don Antonio de Armas. Ha tenido un gran éxito en Madrid, está de moda. Ya me dirás si te gusta.

—¡Gracias Augusto! Los *Poemas de la gloria, del amor y del mar*. ¡Qué alegría tenerlos!

Teresa coge el librito en sus manos, lo hojea y lee en voz alta:

Sobre el libro de mis versos,
donde hay un alma escondida,
…………………………………..

—Creo que me va a gustar mucho —dice mientras sonríe de oreja a oreja.

El volcán y la guerra

Agaete, 1914

En la Villa de Agaete todos hablan de la reciente boda de Leonor Ramos con Tomás Morales. Ella es una rica heredera nacida en el pueblo. Él proviene de una buena familia de Moya, es el médico del pueblo desde hace más de dos años y también un afamado poeta, muy del gusto de Teresa. El enlace se ha celebrado en la mayor intimidad, solo asistieron los familiares más allegados. El Diario de Las Palmas, del veintiuno de enero, recoge una reseña que no indica la fecha exacta de la celebración del matrimonio.

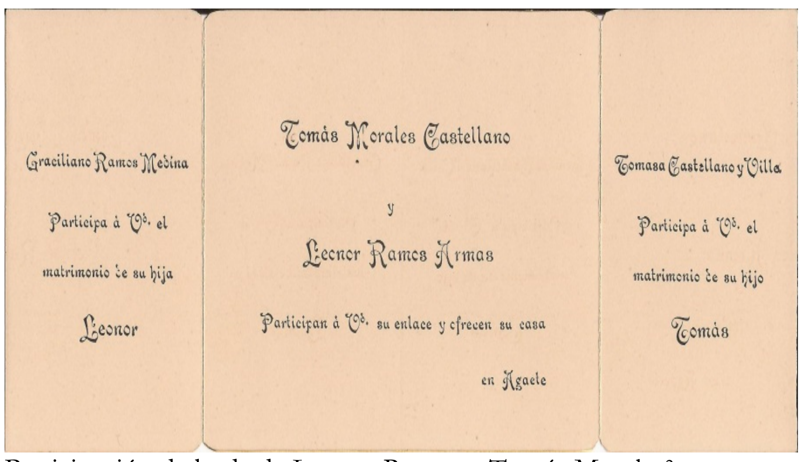
Teresa está leyendo el periódico, sentada en la sala de la casa familiar de la calle Guayarmina. A su lado, en un moisés, el pequeño Rafalito duerme. Un poco más allá, su madre, doña María, cose unas sabanitas para la cuna. No están en el patio porque está cayendo la tarde y en el mes de enero la temperatura baja. El niño se puede enfriar.

La hija lee en voz alta la nota de sociedad del matrimonio del poeta y su madre la interrumpe:

—Pero, ¿no dice qué día fue la boda?

—No madre. Ni tampoco lo pone en la tarjeta de participación del enlace que trajo ayer Augusto. Y se ofrece el domicilio pero no indica la dirección. Claro que aquí todos sabemos qué día se casa la gente y donde viven.

—Sí, ya me la enseñó Augusto. De todas formas, me parece a mí que el poeta tiene despistes –objeta María Bárbara—; eso sí, la tarjeta es muy elegante, forma un tríptico que se cierra y está rematada con un filito dorado. Se nota que tiene nivel artístico.


Graciliano Ramos Medina

Participa á Vd. el

matrimonio de su hija

Leonor

Tomás Morales Castellano

y

Leonor Ramos Armas

Participan á Vd. su enlace y ofrecen su casa

en Agaete

Tomasa Castellano y Villa

Participa á Vd. el

matrimonio de su hijo

Tomás

Participación de boda de Leonor Ramos y Tomás Morales[2]

[2] El sobre está dirigido a D. Augusto Esparza y familia.

Teresa sonríe ante el comentario de su madre y sigue leyéndole la prensa. Al oír que el niño se despierta y llora, deja el periódico sobre una mesita, se levanta y lo coge en brazos. A pesar de varios partos y de los disgustos (ha perdido varios hijos), a sus treinta y dos años conserva aún la lozanía de la juventud.

Mientras pasea por la habitación, balanceando al chiquitín para calmarlo, se dirige a su madre con voz dulce:

—Hemos empezado con buen pie este año. El volcán de Tenerife parece que ya está calmado, gracias a Dios; y Rafalito se está criando muy bien, pronto va a cumplir ya los dos meses.

—Menos mal que nació a término —la abuela suspira— los días de la explosión del volcán estuve temiendo que malparieras.

—Bueno, madre, no exagere. En todo caso, el niño se habría adelantado dos semanas. No creo que hubiera pasado nada.

—Esperemos que el volcán se quede tranquilo. Por el bien de todos. Hasta por la gente de la fuente medicinal del Valle. Acaban de gastarse un capital en arreglar el balneario de Los Berrazales y están pagando a los periódicos por anunciar los baños; pero, si siguen las erupciones, por aquí no viene nadie. ¡Cómo se puso la atmósfera! Y la vista de Tenerife era terrorífica,

aquella gran columna de material volcánico y ceniza encima de la isla...

—Han dicho los entendidos que, por ahora, no se van a repetir emisiones de tanta magnitud, que la actividad ha bajado —matiza Teresa.

—Las erupciones volcánicas traen mal fario, hija mía. Acuérdate de que el año que mataron a tu padre, raro era el día que el periódico no contaba que algún volcán estaba dando la lata por el mundo.

Las mujeres se quedan en silencio. Rafalito ha vuelto a dormirse y la madre lo deja con cuidado en su cunita.

Teresa se sienta de nuevo en el sillón y se ensimisma en el recuerdo de su padre, Pedro Martín, y en su trágica muerte. Hace once años que, una noche, volviendo a casa, le tiraron una piedra afilada, una laja, desde un tejado. Le cayó en la cabeza y le hizo una herida abierta. Se fue directo a casa. Al verlo llegar herido, ella le preguntó qué le había pasado. Él le contó lo que había ocurrido y que, cuando levantó la cabeza, entre las sombras, había visto alejarse sobre el tejado al marido de su amante, de cuya casa venía.

El padre pasó el resto de la noche de pie, en la misma sala donde ahora ella estaba sentada, sin parar

de recorrer la habitación de un extremo a otro, una y otra vez, con su herida abierta de la que caía un hilillo de sangre. Al amanecer se fue a la cama y en ella murió al día siguiente.

La muerte no fue bien investigada. No había secretario judicial, hasta el momento de su fallecimiento, lo había sido su propio padre, Pedro Martín, que había ocupado el puesto durante décadas. En el pueblo se habló de distintas versiones de los hechos. Una de ellas es la que El *Diario de Las Palmas* recogió dos días más tarde, en una nota necrológica, en la que puntualizaban: *Nos aseguran que la muerte fue ocasionada por golpes que recibió de un marinero de la villa. Ignoramos detalles.*

El marido de la amante fue a prisión y varios meses después se celebró juicio. Se dio crédito a la versión del presunto culpable. El jurado de Las Palmas dictó veredicto de inculpabilidad y fue absuelto. Nadie pagó por la muerte de un hombre bueno, benefactor del pueblo.

La vida dio de repente un giro de ciento ochenta grados para ella. De ser la niña mimada de su padre pasó a llevar la responsabilidad de ayudar a la madre para que la casa marchara. Era la mayor de los cuatro hermanos, no quedó otro remedio.

María Bárbara ha dejado de coser y está absorta, entristecida, recordando cómo cambió la vida de la familia a la muerte de su marido. Ella tenía solo treinta y nueve años y llevaba veinte años de casada.



Pedro Martín González

Pedro Martín lo era todo para ella y para sus hijos. Era un hombre inteligente, había sido alcalde e impulsado la construcción de la iglesia parroquial. Con un olfato especial para los negocios era dueño del mejor comercio del pueblo, el único autorizado para vender tabaco, sellos, timbres y lotería. Era rematador

de consumos y trabajaba con la casa Miller, en la exportación y en la importación de mercancías, sobre todo carbón, desde Londres y Liverpool. Hacía mucho dinero y tenía muy buena posición económica. Los muebles de su casa, los propios sillones donde ahora estaban ella y su hija sentadas, habían venido de Inglaterra. Durante muchos años, su hogar había sido el que tenía los mejores muebles del pueblo. Eran de caoba fina. La despensa estaba siempre llena, con productos ingleses, de la Península y locales. Las hijas y ella se hacían bonitos vestidos en las mejores modistas de la capital.

Él valoraba mucho la educación de sus hijos. A Teresa, la mayor, la había enviado a estudiar a Las Palmas. En un colegio de señoritas hizo cultura general e incluso dibujo y piano; y era maestra de enseñanza primaria porque había realizado los exámenes de la Escuela Normal. A su niña le hubiera gustado hacer el bachiller, pero en Las Palmas no había instituto oficial para estudiarlo, había solo en La Laguna, en Tenerife. El colegio privado del Gabinete Literario, el San Agustín, era para chicos. Bueno, aunque hubiese existido un instituto oficial, quizás no la habrían aceptado porque hubieran dicho que eran estudios de hombres… María Bárbara no sabe de ninguna joven del pueblo que tenga la educación de su hija. Y se nota, lo que más le gusta a Teresa es leer, desde poesía a epítomes. Aunque ahora, debido a la dura crianza de los hijos, no dispone de mucho tiempo

para hacerlo. De haber seguido vivo, Pedro también hubiera procurado que los otros hijos completasen la mejor educación.

Con la muerte de Pedro llegó el desastre económico. La estrella de la familia comenzó a apagarse, poco a poco, al ritmo que los ahorros iban desapareciendo. Aún se endeudaron cuando hubo que dar dote a Cipriana, la pequeña de los hijos, al contraer matrimonio. Se aferraron para subsistir a la producción de las fincas del Valle. Pedro, el hijo mayor, las lleva, hace todo lo que puede. El segundo de los varones, Juanito, va ya para cuatro años que ha emigrado a Buenos Aires, porque no veía porvenir en la isla. Igual que él, decenas de muchachos de Agaete se han ido a Argentina. Se le echa mucho de menos…

Ahora la familia se multiplica. Teresa y Cipriana, a la que llaman Panita en familia, se han casado con hombres que no tienen grandes ingresos y traen hijos al mundo, más bocas que alimentar. María Bárbara estaba acostumbrada a la abundancia durante los años que duró su matrimonio. De esa época apenas le quedan los muebles y unos maravillosos recuerdos. Desde el fatídico día de la muerte de Pedro Martín, viste de negro y la tristeza la acompaña siempre.

La entrada de Augusto, vuelve a la realidad a las dos mujeres. Desde que es alcalde del pueblo, madre e hija

esperan su regreso a casa con interés. Él siempre trae novedades. Esa misma tarde acaba de llegar de Las Palmas, en el coche correo. Viene de una reunión en el Cabildo.

—Cuenta, Augusto, ¿cómo fueron las gestiones? —le pregunta Teresa.

—Todo va marchando. En pocos meses se va a convocar una Asamblea para proponer una comisión que vaya a Madrid a presionar para la creación de la provincia de las islas orientales. Se ha acordado que la Asamblea la formen todos los alcaldes de Lanzarote, Fuerteventura y Gran Canaria.

—No me fiaría yo del presidente del Cabildo. Por más que quiera simular que siente el deseo de la división provincial. Tomás de Zárate es tinerfeño y puede estar haciendo un doble juego. Mira que poner a un tinerfeño como primer presidente del Cabildo de Gran Canaria —María Bárbara mueve ligeramente la cabeza, de un lado a otro, para acentuar la duda.

Augusto la mira contrariado y se apresura a contestar:

—Llevamos pocos meses de trabajo real. La creación del Cabildo es muy reciente. El presidente tiene las ideas claras. Aconseja que seamos leales y vayamos en son de paz con la isla vecina. Lo hace porque es un hombre sensato y preparado. Por

ejemplo, las gestiones en Madrid para que nos creen un instituto oficial de enseñanza secundaria en Las Palmas están muy avanzadas. El presidente está contento, dice que Pérez Galdós y León y Castillo están haciendo mucha fuerza. No creo que quepan suspicacias sobre la conducta de Zárate.

La tajante respuesta de Augusto no da pie a seguir con el tema y María Bárbara aprovecha para preguntar:

—Y ¿para cuándo el arreglo de la ermita del Puerto de las Nieves?

—De eso no se ha hablado hoy, no se trataban asuntos de Fomento —contesta un poco molesto el yerno.

—Pues me han dicho que el párroco, don Virgilio, se ha llevado los cuadros de la ermita para su casa, alegando que allí había peligro de que se dañaran —la mujer insiste en voz baja, mientras mira al joven por el rabillo del ojo, vigilando su reacción.

—Imposible, imposible. En el caso de que don Virgilio pensara que los cuadros corriesen peligro de algún tipo me lo hubiera dicho, soy el alcalde. Se habría buscado un sitio seguro. ¡Llevarlos a su casa! ¡Qué disparate! —Augusto contesta levantando el brazo y agitando la mano en ademán de rechazo.

—Malas lenguas dicen que se los quiere quedar, así, por las buenas —María Bárbara insiste.

—Habladurías —Augusto responde mientras se levanta y sale de la estancia— no soporto los chismorreos.

Teresa sonríe para sus adentros, su madre siempre tan práctica y Augusto solo preocupado por las cuestiones "de alcance"…Recuerda —lo hace a menudo— lo que le dijo su marido la noche de bodas.

El invierno y la primavera han pasado. El domingo 19 de julio, a las cinco de la mañana, sale de Agaete para Las Palmas, como es habitual, el coche-correo. Es un vehículo ómnibus abierto, azul, de correas y ruedas de goma macizas. Además del conductor, transporta trece pasajeros a bordo, casi todos ellos vecinos del pueblo. Próximo a entrar en la demarcación municipal de Gáldar, al coche se le rompen las cadenas. El conductor al ver que pierde el dominio de la máquina y que también le falla el freno grita:

— ¡Sálvese quien pueda!

A la carretera saltan dos de los pasajeros, un inspector de la compañía de coches y el encargado del correo. Son los únicos que saldrán indemnes del percance. Al romper el pretil de un puente, el coche

cae al barranco, unos diez metros de desnivel. Queda en el cauce con las ruedas hacia arriba. El inspector de la compañía vuelve corriendo a Agaete a pedir ayuda. No se espera a que les vean otros vehículos que pasen porque es de madrugada y no hay circulación.

El alcalde, Augusto, acude en el primer grupo de ayuda, junto al médico, Tomás Morales y al párroco, don Virgilio. Muchos otros vecinos irán detrás de ellos. El panorama que se encuentran es desolador, doce heridos, varios de ellos de extrema gravedad. Augusto organiza el rescate y traslado de las víctimas. El conductor sigue debajo del amasijo metálico que le ha caído encima y la extracción del cuerpo es laboriosa. Está inconsciente y tiene una herida craneal abierta. Fallecerá unas horas más tarde.

Para ayudar, se presentan en el lugar del fatídico accidente gente de Gáldar y Guía y hasta llegan veintidós voluntarios de la Cruz Roja desde Las Palmas. Los accidentados son trasladados al pueblo. Salvo el conductor, todos superarán las heridas. En los siguientes días, la prensa, *La Provincia, El Diario Las Palmas* y otros periódicos insulares y nacionales, recogerán crónicas del suceso.

El mes de agosto está avanzado, se acabó ya el ajetreo de las fiestas de Virgen de las Nieves. En la casa de la calle Guayarmina han sido días de mucho trasiego. Los

dos yernos de doña María han pertenecido a la comisión de festejos. Augusto, como alcalde, ha sido su presidente; Andrés Rodríguez, el marido de Cipriana, comandante militar del pueblo, ha sido vocal.

Teresa está sentada en el patio de flores, con Rafalito en su cunita al lado. La tarde es calurosa y allí están fresquitos. Augusto le ha traído varios números atrasados del *Diario de Las Palmas,* él sabe cuánto le gusta a ella leer las noticias. El niño duerme una siesta. Ahora ella tiene un rato libre para dedicarlo a la prensa. Comienza con el editorial del número del cinco de agosto, el del día de la Virgen:

> No podemos hablar hoy más que de la guerra europea, todo otro asunto, a su lado, se empequeñece.
> ………………………………………………

Al leer las primeras líneas, un escalofrío le recorre la espalda. Hace unas semanas se ha desencadenado una guerra en Europa. Teresa es consciente de que, a pesar de la neutralidad que ha mostrado España, los tiempos se van a poner muy difíciles. Ahora recuerda que ella no había dado crédito a las palabras de su madre el día que le habló de que las erupciones volcánicas presagiaban desgracias. Pues va a ser que tiene razón —piensa con un rictus de amargura en el rostro.

Después de hojear varios periódicos en los que la contienda es la cuestión más tratada, la joven decide evadirse de la terrible realidad y consolar el espíritu leyendo poesía. Lo hace siempre que puede. Las rimas de Bécquer, uno de sus poetas preferidos, las sabe de memoria. Le gusta releerlas para sentirse inmersa en ellas. Coge un librito y se refugia en los versos:

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos a colgar,
y otra vez con el ala a sus cristales
jugando llamarán.
Pero aquellas que el vuelo refrenaban
tu hermosura y mi dicha a contemplar,
aquellas que aprendieron nuestros
nombres...
¡esas... no volverán!

Volverán las tupidas madreselvas
de tu jardín las tapias a escalar,
y otra vez a la tarde, aún más
hermosas,
sus flores se abrirán.
Pero aquellas, cuajadas de rocío
cuyas gotas mirábamos temblar
y caer, como lágrimas del día...
¡esas... no volverán!
....

Tiempos difíciles

Agaete, 1916

Don Virgilio está cruzando el dintel de la puerta de la iglesia. Se detiene al ver que Teresa empieza a subir la escalinata dirigiéndose hacia donde él se encuentra. Le parece que viene alterada. La espera y, cuando llega a su altura, le pregunta con voz suave:

—Hija, ¿qué le pasa? ¿Le puedo ayudar en algo?

—Estoy en un apuro. A Josefa, la nodriza del niño, la han avisado de Telde de que a su madre le ha dado un síncope y que temen lo peor. Ella quiere marcharse mañana temprano. Agustito tiene solo seis meses y necesita un ama de cría ¡no se puede quedar sin leche! A mí se me retiró al segundo mes y las leches preparadas le producen diarrea. Otra vez no, por Dios, no quiero perder otro hijo, otra vez, no —explica con voz entrecortada, a la vez que sus ojos verdes se nublan con unas lágrimas que no llegan a caer.

El sacerdote se queda pensativo y, después de unos segundos, mirándola a los ojos y con ademán seguro, le dice:

—Ahora tengo que subir al Valle, me espera un enfermo grave. Allí haré averiguaciones. A la vuelta me paso por Guayarmina y le cuento. Se me ocurre que, para ganar tiempo, le pregunte a Leonor Ramos si sabe de alguien. Hace poco, me dijo que a ella acudían con frecuencia mujeres, a ofrecérsele para criar a sus niños. Sé que va a ir esta tarde al Huerto de las Flores a reunirse con Tomás y con sus invitados, el grupo que llegó esta mañana de Las Palmas. Vaya para allá y pregúntele, dígale que yo la he mandado. ¡Ah! y tranquilícese. Esto se va a arreglar. La veo a la noche.

El párroco se va apresurado y Teresa se queda unos momentos dudando entre entrar a la iglesia a pedirle a la patrona del pueblo, Nuestra Señora de la Concepción, que se le solucione el problema o marchar directa a buscar la ayuda de Leonor. Se decide por lo segundo, a la Virgen ya le ha rezado mucho y seguirá haciéndolo esta noche, en casa.

Los menos de diez minutos que le lleva, a paso ligero, la distancia que hay entre la iglesia y el Huerto de las Flores le parecen una eternidad. En Agaete hace viento, como de costumbre, ella siente algo de frío y se abrocha el abrigo de paño fino.

¿La podría ayudar Leonor? ─se pregunta una y otra vez─ Es probable que sí ─se contesta al pasar justo por delante de la casa de don Graciliano Ramos, el padre de Leonor y donde la joven casada también vive con su marido, el médico Tomás Morales. Es una familia con dinero y muchos del pueblo quieren entrar a servirles. Leonor, de niña, venía con cierta frecuencia a tocar el piano a mi casa, ─recuerda Teresa─ y cuando acababa de practicar, ella la entretenía con juegos hasta que la venían a buscar.

La angustiada Teresa sigue razonando, para tranquilizarse. Tiene claro que entre ellas dos ha habido siempre un trato cordial, a pesar de la diferencia de edad, doce años son muchos años; que de verdad se aprecian…aunque no se ven con frecuencia. Mi familia ─piensa Teresa─ entró en bancarrota a los pocos años de la muerte de mi padre, la de Leonor es de las más pudientes del pueblo. Pero sí; si Leonor sabe de alguien me lo va a decir. Estoy segura ─concluye.

La joven madre llega al Huerto de las Flores y entra en él con una cierta timidez. Escudriña detrás de los espléndidos árboles, sin pararse a observar ni una sola hoja. No puede perder un segundo. Divisa al fondo la tertulia del poeta, Leonor no está con ellos.

Desilusionada se vuelve hacia la puerta. En ese momento, escucha la voz de Leonor llamándola:

—Teresa, Teresa ¿A quién buscas?

—A ti, precisamente a ti —contestó con un suspiro de alivio.

—Estaba dentro de la caseta, están dando la merienda al niño. Ven, nos sentamos en este banco ¿Te parece? Me alegro de verte, no te prodigas mucho.

Se mantienen unos segundos en silencio, mirándose frente a frente. Leonor admira las facciones dulces de la recién llegada y su abundante pelo castaño, recogido en un moño alto. Teresa observa cómo la joven ha ganado algo de peso con la maternidad, la cara aniñada la tiene aún más redonda y su cutis de bebé sigue terso. Se decide a hablar:

—No te molestaría si no fuera porque don Virgilio me ha insistido. Estoy agobiadísima. Se me va el ama de cría del pequeño de un día para otro. ¿Qué va a ser de mi niño?

Las lágrimas brotan esta vez de los ojos, sin remedio. Con un pañuelito se las enjuga y procura rehacerse. Leonor la mira con sorpresa:

—¡Ah! Ya sé, le conté al párroco que habían venido a ofrecérseme varias mujeres. Quiero ayudarte. Vamos

a ver, ¿qué hago? Sí, espera, llamo a la niñera y la mando a preguntar a una mujer que conoce y que vino a verme hace poco. No recuerdo su nombre ahora. No te muevas, vuelvo enseguida.

Leonor se levanta y se dirige a la pequeña construcción que hay a la entrada del Huerto. A Teresa se le hace la espera eterna. La distrae unos minutos el sonido de unos aplausos que provienen de la reunión de los hombres. Alguno de ellos habrá leído un poema y se lo están premiando —piensa—. Leonor vuelve a los pocos minutos.

—Ya va Nina a preguntar a la última que vino. En veinte minutos sabremos. Se trata de una mujer que vive en San Sebastián, muy limpia, casada y con un primer hijo que amamanta. Dice que tiene mucha leche y que no le importaría ir, tres o cuatro veces al día, a alguna casa del pueblo a dar el pecho a otro niño, no pedía mucho, creo que quería cobrar por semanas. Tu hijo tendrá otro hermano de leche seguro —añade con una sonrisa dulce, para relajar el momento. Ella sabe que a Teresa le han fallecido varios hijos, el último hace poco, una niña crecidita. Le da mucha lástima la situación que está viviendo.

—Te lo agradezco muchísimo, de corazón. No espero a que Nina vuelva, te estoy interrumpiendo y ya van a salir mis hijos mayores de la escuela. Si quiere la

nodriza que venga a mi casa a arreglar el trato —dice Teresa haciendo ademán de levantarse.

—Ni hablar, no me interrumpes. Te quedas hasta que vuelva Nina y así te vas tranquila. Mi hijo está con la cocinera, está atendido. La reunión de Tomás va para largo y tus niños no salen de la escuela hasta dentro de una hora.

Teresa la mira y sonríe agradecida. La ve segura de sí misma, no es ya la jovencita inexperta que frecuentaba su casa para tocar el piano. ¡Cómo ha cambiado con el matrimonio y la maternidad! Y no, no le ha fallado. Leonor le está hablando:

—Bueno, vamos a charlar de algo, para hacer tiempo. Mira, tengo una curiosidad. Tomás aprecia mucho a tu marido, a don Augusto Esparza, como él le llama. Le ha tratado bastante, sobre todo en el Ayuntamiento y en la Sociedad La Luz; le admira por su honestidad, por lo culto y por lo educado que es. Me dijo que le había contado que todos los varones de su familia, los Esparza, han ido a la Academia Militar, que han sido oficiales de carrera. Tomás se pregunta por qué él no fue, como sus otros hermanos; no se atrevió a preguntárselo a la cara. Entre nosotras es distinto ¿verdad? ¿Tú sabes las causas?

Teresa se echa a reír. Agradece el esfuerzo que está haciendo su interlocutora para distraerla y para que olvide su acuciante problema durante la espera al

regreso de Nina. La expresión de su cara se relaja y sus ojos brillan al tomar de nuevo la palabra.

—Pues te diré la verdad. Influyeron varias circunstancias. La más importante fue el amor: el nuestro, que fue amor a primera vista.

—¡Qué me dices! Cuenta, cuenta, me tienes en ascuas.

Teresa sonríe de nuevo. Tras un momento de reflexión se pasa la mano por el pelo como para asegurarse de que todo está en orden y comienza el relato:

—Voy a ver si soy capaz de resumírtelo en pocas palabras. Vivían en Valencia. Augusto estudiaba el bachiller para después prepararse para la Academia y hacer el examen de ingreso. Entonces cambiaron la Ley de Educación y alargaron los años del bachillerato. Él decidió completarlo, le gustaba estudiar, sobre todo historia y latín. Ya se preparaba para el ingreso cuando sucede el desastre del 98, la pérdida de Cuba y de allí regresa el ejército derrotado. Se produce un excedente de oficiales y un recorte presupuestario importante. Apenas salían plazas para la Academia, si es que salían. Había que aguardar a que la situación mejorase. Se le pasó así la adolescencia —dijo, levantando las manos con un gesto de impotencia.

—Mala época, sí, ¿no lo intentó nunca? —apostilla Leonor.

—No. Mientras esperaba a que cambiasen las tornas, sentó plaza de soldado, con el fin de aprovechar la norma que habilitaron de que a los que tuvieran la condición de militar, por lo menos durante dos años, la edad de entrada en la Academia se les alargaba hasta los veintiocho años. Se aseguraba así varias posibles convocatorias de acceso. En 1904 mandan a su regimiento a esta isla. Él viene encantado, piensa que va a pasar unos meses en Canarias y que, en el momento en el que se convocasen plazas para acceder a la Academia, tomaría el permiso para el examen e iría a Toledo a hacerlo. Llegó al Puerto de La Luz a finales de febrero y a los pocos días nos conocimos. Nos enamoramos y en agosto nos casamos. Antes de que cumpliéramos el año de casados, nació Conchita, nuestro primer hijo. Las ilusiones de ir a la Academia se difuminaron, se las llevó el viento de Agaete.

Las dos amigas quedan en silencio, pensativas, durante unos segundos. Leonor lo rompe para preguntar curiosa:

—Y, ¿llegaron a salir plazas para la Academia que él pudiera haber aprovechado?

—Sí, sí. El mismo año en el que nació nuestra primera hija, Conchita, en 1905, se incrementaron mucho las plazas, salieron trescientas cincuenta.

Augusto tenía solo veintidós años, hubiera entrado seguro. En esa convocatoria ingresó el siguiente de sus hermanos, Miguel, que es cinco años más joven. Ahora está en Melilla, lleva mucho tiempo allí. Es un capitán muy valeroso, tiene varias medallas de guerra, de ellas cinco son medallas al mérito militar con distintivo rojo, ésas que dan solo por actuaciones heroicas en el campo de batalla. Un orgullo para la familia.

—Es una historia muy romántica, Teresa. ¡Qué bonita! ¿Crees que a Augusto le habrá quedado pena de no ser oficial de carrera? —pregunta Leonor, a la vez que posa su mano derecha sobre las de Teresa, que las tiene entrelazadas en el regazo.

—Quién sabe, él está muy feliz aquí, el pueblo lo ha acogido con aprecio y respeto. Ya sabes, cuentan con él para todo, para cargos en el Ayuntamiento, en la Sociedad La Luz, en la Comisión de la Cruz Roja, vamos, está metido en todos los saraos. Y siempre con puestos de responsabilidad, hasta de tesorero. Con solo veintitrés años fue socio fundador de la Sociedad la Luz.

—Me consta, Teresa. Es una persona muy querida. Siempre tan recto y educado.

—Y están sus hijos. Pedrito y Rafalito son una alegría. El mayor es muy responsable y bueno, con

ocho años es todo un hombrecito. Rafalito es un amor, un poco travieso todavía, solo tiene tres años. Ahora nos toca sacar adelante a Agustito —y una sombra de preocupación cubre los ojos de Teresa. El rictus de su cara cambia, ha vuelto a la realidad.

El silencio se apodera de las mujeres. Solo se escucha el ruido del viento agitando las ramas de los árboles y el lejano parloteo de la tertulia de los poetas.

No han pasado dos minutos y ya Nina entra por el portón. Leonor le hace un gesto para que se acerque al banco. Viene aprisa, casi corriendo.

—Señorita Leonor, que sí, que María está disponible. Dice que esta tarde, de siete a ocho, se acerca a casa de doña Teresita a hablar con ella —farfulla y, al acabar, resopla un poco para tomar aire, poniéndose la mano sobre el pecho.

—Gracias Nina, vete ya con el niño —contesta Leonor, esbozando una sonrisa y, dirigiéndose a Teresa, añade— No te preocupes más, seguro que llegas a un acuerdo con ella y que Agustito sigue para adelante, anímate, mujer. Mándame recado si no se arregla el asunto ¿prometido?

Las dos se levantan y se despiden con un abrazo. La maternidad las une de una forma que no podían haber imaginado, a pesar de las diferencias, de edad y de nivel económico.

Son cerca de las nueve de la noche. Don Virgilio Quesada llega a la casa de Guayarmina. No llama a la puerta, la encuentra entornada y entra hasta el patio. La noche es cerrada, estamos en noviembre, pero el cielo está despejado; las infinitas estrellas y una gran luna producen una luz delicada que ilumina las numerosas plantas cuajadas de flores. Se cruza con una mujer joven, alta y fuerte, que hace el camino contrario. Se saludan con afecto:

—Buenas noches, don Virgilio.

—Buenas noches, hija. Dios la bendiga —y levantando la voz, llama— ¡Teresita!, ¡Teresita!

De una puerta a la izquierda, la del cuarto de Andrea (la chica que ayuda en la casa), sale Teresa, camina erguida. El sacerdote cree adivinar en su cara una expresión risueña. Parece diez años más joven que esta misma tarde —piensa el clérigo— la cosa debe ir bien.

—Don Virgilio, gracias, muchas gracias por venir. La mujer que acaba de salir, María, empieza a venir mañana, a prueba. Me ha dado buena impresión. La he conseguido gracias a Leonor, un ángel, ha sido usted muy sabio mandándome a ella.

El sacerdote con una sonrisa paternal, coge una mano de Teresa y le dice:

—Ya ve Teresita, tenga confianza. Poquito a poco, que Agustito se mantenga fuerte y crezca. Si ésta falla, dígamelo. En el Valle me han hablado de una chica que está a punto de parir y que buscaba niño para amamantar, para sacar unas monedas. Y, cambiando de tercio —añade soltándole la mano— dígame, ¿está su madre?, no hablo con doña María desde hace semanas y quiero aprovechar para saludarla.

Teresa se va por la puerta acristalada que hay enfrente, la del comedor, y al poco sale con la abuela María Bárbara que se dirige a saludar al párroco.

Don Virgilio baja la cuesta de Guayarmina hacia su casa, mira al cielo y busca la Osa Mayor. Sonríe, la naturaleza le hace sentirse cerca del Creador. No han pasado dos minutos cuando su rostro se entristece porque vuelve a la realidad. En cuanto llegue a la casa parroquial, le echo un vistazo a La Provincia —se dice a sí mismo— ya van más de dos años de guerra en Europa y fuera de ella, ya es mundial, a ver si acaba de una vez. Este año, 1916, está siendo funesto —el rictus de amargura se acentúa en su rostro— ¿qué nos deparará el próximo? Si Dios quisiera que la guerra acabase…

En su cabeza, el preocupado párroco sigue dándole vueltas y vueltas a la calamitosa situación:

—El Puerto de la Luz está paralizado, no entra nada, no hay movimiento porque buques de guerra británicos y franceses lo tienen aislado, todos los barcos les parecen sospechosos de germanofilia y no los dejan pasar. Los submarinos alemanes también pululan por todos lados. Ya no se atreven a venir barcos de ninguna nacionalidad. No llegan a la isla los productos básicos que no se producen en ella, ni carbón ni alimentos. Tampoco sale lo que se cosecha: plátanos, tomates, papas. El puerto no funciona, ni hay trabajo para estibadores, ni hay comercio, ni hay dinero. La ruina económica es total. La escasez ha dado lugar a que los precios, de los pocos artículos que se encuentran, se hayan puesto por las nubes. En Gran Canaria hay hambruna. En las parroquias se suministran alimentos básicos, sobre todo gofio, a los más necesitados. Ya escasea el maíz porque no llegan los barcos de la Península.

La mente de don Virgilio sigue revisando las dramáticas circunstancias que afectan al pueblo, sin llegar a vislumbrar esperanza alguna:

—Los hombres jóvenes se están yendo en masa, emigran a Cuba, a Argentina y a Uruguay. Los que tienen tierras y agua para cultivar, se quedan porque están menos ahogados. Pocos agaetenses son propietarios de tierras y del agua necesaria para regarlas. La mayoría de las fincas están en manos de

terratenientes. Por eso, este pueblo es uno de los que más sufre la escasez y la emigración…

A la misma hora, en el casino, Augusto charla con don Graciliano Ramos, viejo amigo suyo y también la persona que le ha sustituido como alcalde. Éste habla con expresión grave:

—Los jornaleros no tienen trabajo porque como no hay exportación, las fincas no se están explotando. He pensado en mandar un oficio al Cabildo solicitando que, dada la situación extrema, se dirijan a los grandes propietarios de tierras en Agaete que viven en las Palmas, para que emprendan obras públicas en el municipio.

—Yo creo que esa batalla está perdida. Ya verá que los de la Permanente echan para atrás la petición. Dirán que no saben quiénes son esos propietarios y que no es tarea suya buscarlos ni decirles nada —Augusto apostilla mientras agacha la cabeza con gesto apesadumbrado.

—Pues me van a seguir oyendo. Ya les comuniqué que este Ayuntamiento lleva meses sin abonar la nómina a los empleados porque no tiene dinero. Las arcas están vacías. La gente no está pagando los impuestos. ¡Vaya caos! Voy a cerrar las dependencias municipales y les llevo las llaves a Las Palmas. Que

dispongan ellos —Don Graciliano habla exaltado mientras agita la mano derecha con el índice extendido.

—Se me ocurre que, para que se creen puestos de trabajo, al igual que los vecinos hemos pedido que se arreglen carreteras y que se acometa la construcción de la de Agaete a la Aldea, tendríamos que resucitar la propuesta de la línea de tren Las Palmas-Agaete que se aprobó en el Plan de Ferrocarriles secundarios, el de 1908. Ya sé que el Plan está caducado, pero así presionamos a Fomento para que, por lo menos, envíe dinero —Augusto propone.

—Es una idea, gracias don Augusto ¡Qué buena memoria tiene Ud.! Es envidiable. Yo ya ni me acordaba de ese Plan. Lo voy a comentar en el Cabildo. Por cierto, sí que tengo una buena noticia. Me dijo Juan Melián que el senador Castillo Olivares le escribió diciendo que, de un día a otro, se firma el traer desde Cádiz el material de la estación de telégrafos para Agaete. Así que, en dos o tres meses espero que tengamos oficina de telégrafos y, poco después, el servicio de teléfono.

—¡Por fín! ¡Lo que ha costado! —Augusto esboza una sonrisa mientras consulta el reloj de bolsillo— El tiempo vuela, amigo. Es hora ya de retirarse.

Teresa está sentada entre las dos camitas en las que ya duermen plácidos Pedrito y Rafalito. Les acaba de contar el cuento de Pulgarcito. Espera a que Augusto regrese de la reunión de la Sociedad la Luz, para cenar con él. Ahora sí, ahora tiene tiempo para rezar a la Virgen y le va a pedir por Leonor Ramos, la musa del médico poeta, la que impulsa su creación literaria; y la que hoy tanto la ha ayudado, de forma generosa.

En sus oraciones Teresa también se acuerda de don Virgilio. Ella aprecia al párroco. Lo considera un hombre caritativo y de buenas iniciativas, aunque algunas de sus decisiones puedan ser controvertidas. Sobre todo, lo del asunto de los cuadros de la ermita de Las Nieves. El que se los llevara a su casa sin consultar ni decírselo a nadie, en secreto, no tiene para ella una explicación razonable. En este caso, Augusto tuvo un cierto enfrentamiento con él. Aunque pensaba que había obrado de buena fe, consideraba que no debía haberlo hecho. Algunos del pueblo lo habían tomado como un robo. Se puso hasta una denuncia por la desaparición de los cuadros.

Augusto, que en los días de la denuncia era el alcalde, lo había pasado mal. No quería tener problemas con el sacerdote. El alcalde anterior, que era muy amigo de don Virgilio, lo había tratado de encubrir, diciendo que él le había aconsejado que se llevara los cuadros de la ermita, porque en ella no estarían seguros. ¡Pero entonces el alcalde era Augusto!

¿Por qué don Virgilio no contó con él? Ni con él, ni con el obispo. Los cuadros los sigue teniendo en su casa. Es un asunto fastidiado, sí. El obispo debe solucionarlo. Los del pueblo están divididos entre los que apoyan al párroco y los que no.

Poco tiempo después de la denuncia de la desaparición de los cuadros, una noche, colocaron, en la fachada de la casa de Guayarmina, un cartel con frases insultantes para Augusto. No se supo quién lo hizo. ¿Quién podría estar detrás de ello? Teresa no se atreve a hacer ningún juicio. Ella piensa que la relación de la familia Martín con el sacerdote se ha mantenido siempre dentro de los límites de la cordialidad. Como debe ser.

La joven madre se concentra en sus rezos. Está muy cansada, el día ha sido muy largo, y se queda dormida. Los golpecitos de una mano sobre su hombro la despiertan.

—Teresa, Teresa, vamos a cenar —le susurra Augusto al oído.

Los dos marchan a la cocina y, allí mismo, en la mesa y sin mantel, Teresa llena dos escudillas de leche, parte dos trozos de pan y sirve a cada uno una pequeña ración de queso de Guía. Es la cena habitual, sopas de pan con leche y, de condumio, el queso. Siempre es Teresa la que lo prepara.

Apenas hablan, ella da el parte a su marido de la búsqueda de ama de cría. Él asiente con la cabeza, todo le parece bien. Es un asunto doméstico de los que ella se encarga. Al acabar la cena, Augusto se va directo al dormitorio. Ella se queda porque tiene tarea que hacer.

Después de recoger la cocina, Teresa se encuentra desvelada y se va a la sala. Enciende un quinqué, al fondo ve el piano en el que ella aprendió a tocar, el que usaba Leonor Ramos antes de casarse, el que ahora nadie toca, porque ella no tiene tiempo durante el día y la noche requiere silencio. De una estantería coge el libro, *Poemas de la gloria, del amor y del mar,* el de Tomás Morales Castellano. Ella se enfrasca en la lectura, la luz es tan tenue que apenas distingue las letras, no importa, las adivina porque se sabe de memoria la mayoría de los versos:

Sobre el libro de mis versos,
donde hay un alma escondida,
tu cabecita sedeña
soñará melancolías...

Y en una mirada lánguida
—como una leve caricia —
pasarán tus ojos negros
por el rosa de mis rimas...

Por el crepúsculo, ayer,
pasaron dos golondrinas...

Las dos caras de una moneda

Burgos, Navidad 1916

Mamá Aleja, así la llaman en su familia, los Esparza Arteche, está sentada próxima al ventanal, lo que le permite contemplar parte de la imponente catedral de Burgos y a los que entran y salen de ella. Siempre que viene a la casa de su querido hijo mayor, Rafael —y en Navidades es la costumbre— aprovecha para disfrutar de la vista. Es un privilegio que viva en un sitio tan especial, en la plaza del Duque de la Victoria, a la vera de la catedral —piensa, mientras esboza una sonrisa.

Se abre la puerta y entra Casilda, la nuera, con su hijo, Rafaelito, en brazos. Es joven —treinta años—, menuda y ligera; su figura contrasta con la madurez y complexión fuerte de la abuela.

—Mamá Aleja ¿qué hace usted aquí sola? ¿No estará triste? —pregunta con tono cariñoso la mujer de Rafael.



Aleja Arteche Icuza

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Cómo voy a estar triste hoy que puedo disfrutar de mi nietito? Ven aquí, chiquitín, que te canto una nana y unos zorcicos.

Casilda deja al niño con la abuela y se vuelve a la cocina, a seguir preparando la comida. Hoy no ha venido a trabajar la mujer que la ayuda en casa, es Nochebuena. Espera que su esposo venga temprano; ella piensa que él querrá acompañar a su madre, que pasa las Navidades con ellos. Los dos saben que a Mamá Aleja estos días le traen recuerdos tristes, porque un veinte de diciembre, hace ya once años, murió su marido, de un ataque al corazón, fue algo rápido. Se llamaba también Rafael, el nombre que, habitualmente, los Esparza dan al hijo mayor.



Rafael Esparza Eguía

El abuelo murió joven, tenía cincuenta y tres años. Me hubiera gustado haberlo conocido, ─piensa Casilda─ dicen que en sus últimos años le hicieron sufrir sus superiores… No le quisieron ascender a general por haber tenido antepasados militares que lucharon en el bando carlista. ¡Qué cacicada tan grande!

Rafael hijo, el marido de Casilda, le ha contado que su padre había combatido valerosamente en la tercera guerra carlista, en el frente vasco, cinco veces lo premiaron con propuestas de ascensos por méritos de guerra. Defendía al Gobierno, a los del sexenio liberal, de los partidarios del pretendiente, el llamado Carlos VII. Le tocó así. Después se restauró la monarquía y no querían reconocerle el mérito ¿Qué culpa tenía él de que le hubiera tocado luchar con los liberales?

Enfermó del corazón del disgusto y eso le costó la vida. Los Esparza son militares valerosos que viven su profesión con honor y sacrificio y que no entienden de injusticias. Casilda lo sabe bien.

En la salita, el pensamiento de Aleja vuela hacia la figura de su madre, Josefa, una recia vizcaína del interior, que le enseñó todo lo que ella sabe y que solo hablaba vascuence. Ella misma, de niña, allá en Dima su pueblo natal, no hablaba castellano. Ahora echa de menos a su madre, pero piensa que no puede quejarse, la ha disfrutado muchos años. Se fue a los noventa y ocho. Ella la ayudó mucho cuando murió su marido, Rafael. Aquellos días fueron terribles.

La abuela contempla con ojos húmedos al bebé que se ha dormido con sus cantos. Es el único nieto que conoce. Los otros están lejos, en Canarias, probablemente no los verá nunca. Teresa, su nuera, ha tenido siete hijos y de ellos solo le sobreviven tres. Al parecer, a la madre se le va la leche pronto y los niños se crían débiles. ¡Cómo sufrieron con las muertes de las niñas! Conchita tenía casi un año cuando se fue. Había sido el primer nieto de la familia. ¡Qué contento se puso el abuelo Rafael cuando se enteró de su nacimiento! Al poco tiempo él murió, con la satisfacción de haber llegado a ser abuelo —piensa Mamá Aleja.



Augusto Esparza Arteche con su hija Conchita

La segunda nietita, Teresita, murió con casi cuatro años ─sigue rememorando una apesadumbrada Aleja─ ¡Qué enfermedad tan extraña fue la causante! Lo achacaron a que la niña comía cal. Le gustaba tanto que hasta su hermanito rascaba las paredes para dársela… También a Teresa le nacieron dos Rafaelitos que se fueron muy chiquitos, enseguida…Menos mal que el tercer Rafaelito ya cumplió los tres años y, por la última fotografía, es un niño precioso de rizos negros y expresivos ojos azules. Parece que va adelante…



Pedro y Teresa de Jesús Esparza Martín

Casilda oye que se abre la puerta del piso. Ya llegó Rafael ─deduce─ menos mal que el cocido está preparado. Pondré la mesa porque ya es la hora de comer.

Media hora más tarde, la charla es animada en el comedor, alrededor de dos fuentes humeantes, una con garbanzos, col, zanahorias, nabos y patatas; y otra, la de las "viandas", con trozos de carne de cerdo, vaca y gallina.

—Hoy he hecho una excepción y el vuelco de la sopa del cocido lo he reservado para la cena de esta noche. También tendremos cordero asado y, de postre, yemas y almendras garrapiñadas de Briviesca —dice Casilda buscando con los ojos la aprobación de Mamá Aleja.

—Se nota que eres de la Bureba, siempre hay alguna delicia de tu tierra en casa. En Nochebuena almendras garrapiñadas, la golosina preferida de mamá —tercia Rafael con afán de dar apoyo a su esposa.

La madre de Casilda, ya fallecida al igual que lo está su padre, era una rica propietaria de Salas de Bureba. La hija ha recibido una sustanciosa herencia. En la despensa de la casa se ha notado poco la escasez de alimentos que sufre todo el país, consecuencia de la cruel guerra que asola Europa.

—Yo os agradezco el esfuerzo que hacéis por darme gusto. Pero no quiero ser una carga en esta casa. Ya Casilda tiene bastante con atender al niño —protesta mimosa la abuela.

—Bueno, bueno, ¡una carga! Nada más lejos de la realidad, somos felices teniéndola en estas fechas. Seguro que el año que viene podrán venir, a celebrar la Navidad, Jesús y Miguel y seremos todavía más felices —dice Casilda con voz aplomada.

—Mamá, tengo buenas noticias —interviene Rafael— he preguntado en la Comandancia y me aseguran que el traslado de Miguel para la Península está para pronto. Solo quedan un par de firmas en el Ministerio.

—Estoy deseándolo con todas mis fuerzas. De Melilla solo nos llegan noticias tristes. Él ya ha estado allí casi ocho años y más heroica no ha podido ser su trayectoria ¡Tantas medallas rojas! Y hace un mes cumplió ya veintiocho años, es hora de que forme una familia —Mamá Aleja se emociona un poco.

Rafael intenta confortarla dándole unas palmaditas en el hombro y sigue la conversación diciendo:

—Pues yo creo que a Magdalena le hace tilín Miguel. Por cierto, Casilda ¿le has dicho que venga esta noche a cenar con nosotros? Se ha quedado sola estos días porque sus padres se han ido a Salas, la abuela paterna está mal.

Casilda le responde presta:

—Sí, me dijo que a las siete y media estará aquí, sin falta. Me ha ofrecido que, si queremos, ella cuida del

niño esta noche para que nosotros podamos cruzarnos a la catedral, a la misa del gallo. Es una chica buenísima, me gusta mucho para Miguel —añade pensativa.

Los comensales se aplican con entusiasmo a dar cuenta del cocido y, por unos momentos, hay silencio en la estancia. Mamá Aleja retoma la conversación reflexionando en voz alta:

—¡Qué vida ésta! Augusto y Miguel, tan iguales y con vidas tan diferentes. Y los dos en África. De niños eran uña y carne. Sitio al que iba Augusto, allá que le seguía el otro, con las mismas ideas. Los dos generosos y buenos, algo pillastres, eso sí. Y de mayores son como las dos caras de una moneda, del mismo material y consistencia; pero con estilos desiguales. A la edad que tiene ahora Miguel, Augusto ya había sido padre de cuatro o cinco hijos. ¡Mira que salir de una familia vasca e ir a formar una en las Canarias! ¡Dios sabe lo que hará Miguel!

—Bueno, pero Miguel ha hecho un gran trabajo en el Ejército, mucho bien a la nación —rebate Casilda.

Mamá Aleja para de comer. Levanta los ojos hacia su nuera y se dirige a ella con voz firme:

—Augusto también lo ha hecho. Ha sido alcalde de Agaete durante cuatro años y siempre tiene algún cargo de responsabilidad en el Ayuntamiento. La

sociedad necesita hombres como él. En el pueblo lo quieren y valoran. Nunca he entendido el afán de los Esparza por dedicarse únicamente a la vida militar —la abuela ha dejado los cubiertos y se retira la servilleta del regazo—. Las cosas de la familia de vuestro padre. Me apena que estos dos hijos míos, Augusto y Miguel, con lo jóvenes que son, ya hayan sufrido tanto —los ojos se le nublan por un momento—. Creo que me voy a descansar. El viaje de ayer me dejó rota.

Rafael se levanta y acompaña a su madre. Con gesto de cariño le pasa un brazo por encima de los hombros.

—Mamá, sus hijos están todos bien, haciendo la vida que han elegido con libertad. Estoy seguro de que son felices, cada uno a su manera. La vida nos da disgustos de vez en cuando, todos tenemos que aceptar los designios divinos —Rafael es conciliador y sus palabras tienen un efecto balsámico.

Después de la cena, Rafael, Casilda y la abuela se han ido a preparar para asistir a la misa del gallo. Magdalena ha terminado de recoger la mesa. Es alta, rubia, un poco entrada en carnes. Ha cumplido veintidós años y quiere ingresar en el Cuerpo de Damas enfermeras de la Cruz Roja que está a punto de crearse. Lleva esperando varios meses a que salga publicado en la Gaceta de Madrid. Ella ya es asociada y aprobó unos exámenes el año anterior. Le queda

solo superar las prácticas de hospital. Quiere ayudar en África, ser útil en una lucha que no entiende bien y que produce cada día varios heridos y muertos. Su padre, coronel retirado, no lo ve con buenos ojos, solo tiene una hija, no quiere que se aleje de él. Magdalena está decidida.

La joven está guardando el mantel en el aparador y ve entrar a Casilda en la salita, ya está arreglada para salir. En voz baja, para que no la oigan en el pasillo, Casilda le dice:

—Magdalena, es muy posible que Miguel regrese pronto a incorporarse a algún destino en Madrid. Lo quieren traer de Melilla para aprovechar su experiencia en el Ministerio, en la organización del envío de tropas y armamento al Rif. No comentes nada, ni a tu padre siquiera. Me lo ha dicho Rafael en secreto. Estas cosas, si se dicen, se pueden estropear. ¿Qué te parece?

—Dios lo quiera, Casilda. ¡Qué alegrón me das! No puedo creerlo, el mejor regalo de Navidad que me podían dar. Todas las noches rezo para que no le pase nada. No me lo quito de la cabeza. Pero, si se va a Madrid, no le voy a ver.

—Antes de incorporarse tendrá un permiso, seguro. Primero irá a Bilbao, a estar unos días con Mamá Aleja y, después, vendrá aquí. Ya me encargo yo de eso, mujer. ¿No ves que aún no conoce al niño? No puede

negarse. Y debe apetecerle tener su propia casa y hacer una vida de familia. Tantos años viviendo en cuarteles, tirado en esas tierras de moros, pensando que en cualquier momento le puede llegar una bala. Y ya se le acabaría todo…

—No creo que Miguel piense eso —Magdalena la interrumpe con apremio— es de otra pasta. Está cegado por el cumplimiento del deber.

Rafael entra a recoger a su mujer:

—Vamos niña, Mamá Aleja ya está en la puerta, quedan diez minutos para las doce. Magdalena, espero que no se te despierte el niño, en una hora estamos de vuelta. Te agradecemos mucho lo que haces por nosotros esta noche. A Mamá Aleja le hace ilusión que la podamos acompañar a la misa del gallo.

—Lo hago encantada. Sabéis lo que os quiero. Ojalá que la Nochebuena del próximo año también lo pueda hacer. ¡Quién sabe! —Magdalena contesta, a la vez que levanta la mano en un gesto de despedida.

Al quedarse sola la joven se aproxima al ventanal y mira hacia la catedral. Ve que en ella está entrando una columna de feligreses. Recuerda que el año anterior asistió a la misa del gallo con sus padres. Se pregunta qué pasará en el 1917. No se atreve ni a imaginar lo que a ella le gustaría. Si Miguel quisiera…

Mal presentimiento

Melilla, enero 1917

Es domingo por la mañana, la primera jornada libre para Miguel desde hace semanas. Decide caminar y dar un paseo por el centro. Desayunará en cualquier café y echará un vistazo a los números de los últimos días de *El Telegrama del Rif*, los lleva doblados bajo el brazo. Le gusta estar informado de lo que ocurre dentro y fuera de Melilla. Con tanto trabajo es algo que le resulta casi imposible.

Llega a la calle Canalejas y se anima a entrar en un café que sabe que es frecuentado por periodistas. Tiene algún que otro conocido en el gremio y siempre le divierte charlar un poco con ellos, pero solo un poco. Algunos se atreven a utilizar cualquier cosa que se les dice para cambiarlo y sacar un notición —piensa— así que tiene que tener cuidado. Encuentra vacía la mesa de la ventana y allí se sienta. Perfecta para leer. Pide un café con leche y desdobla el primer periódico. Es el número de la víspera, el del sábado 27 de enero de 1917.

Miguel se enfrasca en la lectura y se centra en las noticias de la primera página. Una de ellas recoge los movimientos de las nubes de langosta que vienen asolando la región. Dice que los daños que se han producido no son importantes. Le llama la atención el que se vayan a hacer ensayos con unos "aparatos muy poderosos" para quemarlas. Sonríe escéptico. Dedica poco tiempo a las notas de sociedad; se detiene más en una crónica de la columna de la derecha, la titulada *En Monte Arrui. Un soldado Heroico*. Otro ataque a un centinela que se defiende valerosamente. Ahora está herido, con media docena de navajazos en su cuerpo. Ojalá se recupere pronto.

Pasa de página y una noticia de provincias le sobresalta:

> **La miseria en Canarias**
>
> Las Palmas.-En todas las iglesias han comenzado á repartirse socorros para las familias de los obreros, por orden del obispo de Canarias.
> Los templos están completamente llenos por millares de personas hambrientas.
> La miseria que reina en toda la Isla, es espantosa.
> Por las calles y paseos se ven constantemente grandes grupos de obreros sin trabajo.

Las industrias están paralizadas y en suspenso todos los medios de vida.
La situación es espantosísima.

Impresionado vuelve a releer la noticia varias veces. ¿Estaré soñando? ─se pregunta incrédulo─ recibí carta de Mamá Aleja y no me dice nada de esto. No se habrá enterado. ¿Cómo lo llevarán Augusto y su familia? Se siente impotente. Él sabe que la guerra internacional está afectando a todo el país, pero nunca hubiera imaginado que en Gran Canaria la situación fuera tan dramática. Sigue ensimismado, sin levantar la vista de la página dos del periódico, cuando a su espalda escucha una sonora voz que saluda:

─¡Esparza, cuánto honor el verte por aquí! Te vendes caro.

Es Manolo Gutiérrez, el cronista de sociedad de *El Telegrama del Rif*, que viene acompañado de un rifeño de aspecto cuidado al que Miguel reconoce. Es el antiguo redactor de la página en árabe del periódico, Abd-el-Krim. ¿Qué hará por aquí? ─se pregunta─. La sorpresa del encuentro le hace olvidar, por un momento, las malas noticias provenientes de Canarias.

─¿Nos dejas sentar contigo? ─prosigue Manolo─ el café está lleno a rebosar y no hay ningún otro sitio libre. Nos vamos en cuanto nos tomemos un té calentito ─y volviéndose para su acompañante le

dice— ¿no te parece un honor compartir mesa con el famoso capitán de las Tropas de la Policía Indígena, don Miguel Esparza Arteche?



Indumentaria norteafricana[3]

---

[3] Augusto Esparza Martín, fotografía realizada en recuerdo de su tío Miguel Esparza Arteche.

Sin esperar respuesta de ninguno de los dos, Manolo toma asiento y ofrece otra silla a Mohammed Abd-el-Krim, que le sigue silencioso.

Miguel saluda levantando la mano en un gesto rápido y dobla el periódico. Sobre la marcha decide dejar para más tarde el pensar si puede hacer algo por Augusto. Los recién llegados encargan sus infusiones y fijan la vista en el militar.

—¿Cómo te va la vida, Mohammed? —pregunta un serio Miguel que, después de dar un sorbo a su café con leche, prosigue— ya me he enterado de que has recuperado tus puestos administrativos, el de cadí de la cabila Farhana y el de jefe del Tribunal de Apelación en la Oficina de Asuntos Indígenas.

Abd-el-Krim le mira con expresión hermética, no parece muy animado a contestarle. Ante el silencio de su compañero, el que lo hace es Manolo que campechano, aclara:

—Hemos quedado porque quiere que interceda por él con el director del periódico. Ha solicitado reingresar para llevar una página en árabe, como solía hacer. No le contestan, ya sabes, estarán consultando a "los que mandan" —dice con una sonrisa de medio lado.

Llega el chico del café con las consumiciones y, mientras las sirve, Miguel revisa mentalmente la

situación de Abd-el-Krim, al que siempre ha considerado una persona de valía, buen periodista y mejor profesor de árabe. Algunos de los soldados de su mía (unidad de la Policía Indígena) fueron alumnos suyos y hablan maravillas de él, hasta conservan una cierta amistad. Hace poco que le han soltado de la cárcel de Rostrogordo. Allí lo metieron a instancias de las autoridades francesas, tras un juicio medio secreto en el que le acusaban de germanófilo. Ha sido una víctima más de la cruel contienda entre la Triple Entente y los Imperios Centrales —piensa Miguel—. El coronel Riquelme, el que dio las órdenes de detenerle y registrar su casa, ha sido también el que ha promovido su liberación. Ahora España quiere ocupar Alhucemas y hay que hacer una labor de concordia. Abd-el-Krim no va a olvidar jamás la prisión —concluye—, máxime que se ha quedado cojo a consecuencia de un intento de huida.

—Son tiempos difíciles —comenta Miguel— la dichosa guerra, que ya es mundial, lo ha envenenado todo. La neutralidad de España no nos ha salvado de sufrir graves inconvenientes. Y más aquí, el norte de África es un territorio estratégico de gran interés para todos los contendientes.

Mientras Miguel está hablando, Gutiérrez mueve la cabeza de arriba abajo, asintiendo. Su acompañante permanece muy quieto, con la espalda erguida. Al

acabar Miguel, Abd-el-Krim, con deje amargo y rictus serio, argumenta:

—Pero hay que saber defender a los tuyos, si es que los consideras iguales y valoras a los que te han sido fieles.

—Los iguales y los que son fieles también han de aceptar las decisiones de la justicia, estaremos de acuerdo en eso ¿no? —contesta un tenso Miguel.

Ante el cariz que está tomando la conversación, Manolo Gutiérrez interviene con afán de cambiar de asunto:

—Cuéntanos de ti, Miguel. ¿Seguirás por mucho más tiempo por estos lares? Oí decir que te iban a mandar de regreso a Madrid.

Miguel baja la cabeza, no sin antes advertir un cambio súbito en el rostro de Abd-el-Krim, sus cejas se han arqueado, demostrando sorpresa y un interés especial.

—Estaré siempre donde mi patria me lo demande. Ya llevo por esta tierra más de siete años. La quiero como si hubiera nacido aquí —contesta con voz determinada.

Mohammed, con gesto grave, cruza los brazos a la vez que interviene enérgico:

—Los que son de aquí, son de aquí. Sé de su valentía capitán Esparza, que ha sido ejemplo para muchos de los de su ejército. Pero no podemos falsear la condición humana. Expoliar a otros pueblos debe tener un límite. Y los que ayudan a hacerlo se pueden ver con serios problemas.

Abd-el-Krim se refiere a las explotaciones mineras del Rif. En la soledad de la prisión, ha estado muchas horas dedicado a cavilar sobre el asunto y ha llegado a la conclusión de que España y Francia lo único que buscan en África es el enriquecimiento económico. No cree ya en el hermanamiento de los pueblos. A él, España le ha negado reiteradamente la nacionalidad, pese a su educación española y a haber trabajado siempre para España. Además, está dolido porque está convencido de que le han encerrado durante casi dos años por motivos totalmente políticos, ajenos a intereses españoles.

Miguel advierte algo más que resquemor en las palabras de Mohammed. Tiene la impresión de que hay una amenaza velada. Por ello, y aunque su primer impulso es rechazar de forma vehemente sus insinuaciones, decide no entrar al trapo y abandonar el lugar. Además, le urge trazar un plan para averiguar si la familia de su hermano necesita ayuda.

El joven capitán llama al muchacho que atiende las mesas y le paga su café con leche. Coge los periódicos y, levantándose, se despide:

—Caballeros, debo marcharme. Tengo un asunto urgente que atender.

Al quedarse solos, Manolo y Mohammed se mantienen silenciosos un buen rato. Rompe el hielo el primero:

—Creo que ha sido innecesario lo que le has dicho. Esparza es un tipo honesto y valiente, de lo mejor que hemos tenido por aquí.

Abd-el-Krim sonríe de forma enigmática y se limita a decir:

—Todo a su tiempo, Manolo Gutiérrez.

—No te entiendo, no te entiendo. ¡Qué cambiado has vuelto de Rostrogordo! Se diría que eres otra persona. Solo tú sabes lo que tienes en la mollera —Gutiérrez habla moviendo la cabeza de un lado a otro, en un gesto de desaprobación— anda, vámonos, ya te avisaré si hay algo nuevo por el periódico.

Camina Miguel absorto en sus pensamientos. La conversación con Mohammed Abd-el-Krim le ha

dejado mal sabor de boca. Hay algo que le causa prevención. Intuye que la mente del rifeño está ocupada con maquinaciones; pero no se hace idea de lo que pueden ser… Presiente alguna desgracia. Desearía no habérselo cruzado.

Su mente regresa a la familia de Canarias. No sabe qué hacer. Puedo telegrafiar a mi hermano Augusto para ver cómo se encuentran ─se dice a sí mismo─ pero la telegrafía con Canarias es un desastre y les puedo alarmar. Quizá sea más seguro y prudente preguntar a Mamá Aleja… No, no tengo que agobiar a mamá. Telegrafiaré a Rafael a Burgos esta misma tarde, él me dirá qué sabe de ellos. Si están en necesidad les mandaré algún dinero. Ya veremos. Y, de hoy no pasa, voy a escribir a Magdalena. Se va a llevar una sorpresa cuando se entere de que regreso, que en marzo estaré con ella y ¿quién sabe? A lo mejor hacemos planes juntos. Bueno, muy seguro estoy yo, a ver si me da calabazas a causa de las benditas Damas enfermeras de la Cruz Roja ¡está tan ilusionada con la idea de venirse para acá! Tendremos que hablar ella y yo...

Abd-el-Krim dirige sus pasos a la casa de su amigo Busif, de Dar Drius. Allí pasa la tarde en una tertulia. Hablan de un proyecto, de un sueño, de expulsar a

España, al colonizador; de la creación de una nación rifeña independiente.

El dueño de la casa, padre de su amigo y personaje importante de una cabila del Kert, le hace una señal y se van solos a una habitación interior, a un reservado. Tienen que despachar un asunto con la máxima discreción. Discuten una propuesta:

—¿Sería una buena idea eliminar a los mejores del ejército opresor, de la forma que sea? Eso desmoralizaría a sus compañeros… Se trataría de una lenta guerra psicológica. Tengo amigos que están dispuestos a iniciar este tipo de lucha —el cabileño habla con voz pausada, inclinándose hacia su interlocutor. Intenta ser convincente.

Abd-el-Krim levanta la mano, hace ademán de detener la acción mientras responde:

—Tenemos que meditarlo con detenimiento. Lo discutiremos más adelante. Hasta cierto punto hay libertad para la lucha. Las cabilas pueden hacer la guerrilla en sus territorios según crean conveniente. Pero debemos organizarnos para obtener el mejor de los resultados.

—Eso es. Hoy por hoy no hay una estrategia común. Hay que pensar si conviene tenerla y organizarse.

Sonrientes, como si hubieran hablado de un negocio floreciente, salen de la habitación y se reúnen con los demás.

Melilla, febrero 1917

El viernes 16 de febrero, la población de Melilla, al despertar, se estremece al descubrir la esquela que aparece en la primera página del periódico local. Ocupa tres columnas. Es la del capitán de la sexta Mía de las Tropas de la Policía Indígena, don Miguel Esparza Arteche. En la misma página aparece la crónica que relata los hechos acaecidos, la versión oficial:

Agresión y emboscada

Ayer mañana salieron de la posición de Dar Busaada (Metalza) el comandante de Estado Mayor don José Seguí jefe del sector del Kert y el capitán de la 6.ª mía don Miguel Esparza, con objeto de revistar el servicio avanzado que allí presta la policía indígena.

Transcurrida media hora, al adelantarse en un repliegue del

terreno inmediato, el citado capitán, sufrió una descarga que le hirió mortalmente. Los villanos agresores huyeron, sin que fuera posible darles alcance.
El cadáver fue trasladado á la posición y, ayer á las siete de la tarde conducido al cementerio de Melilla donde recibirá sepultura á las doce de la mañana de hoy.
Dar Busaada es el más avanzado de los Puestos que últimamente se ocuparon en Metalza.
Profunda pena e impresión produjo el triste suceso, por tratarse de un oficial meritísimo, de extraordinario valor, muy querido de sus jefes y compañeros. Era uno de los más brillantes capitanes de mía, entusiasta y culto, que se distinguió siempre obteniendo grados y honores por méritos de guerra.
Contaba 27 años de edad. Había servido en el empleo de teniente en la policía. Su madre y hermanos residen en Bilbao.
Dios habrá acogido en su seno el alma del Infortunado oficial.
Reciba su distinguida familia nuestro más sentido pésame.

Esa mañana, a las nueve, se encuentran en el despacho del Comandante General de Melilla, el propio Comandante General, Aizpuru; los generales

Monteverde y Jiménez Pajarero; el Coronel Jefe de Estado Mayor, Fernández Heredia y el Coronel Jefe de la Oficina Central Indígena, Suárez Inclán. Aizpuru ha convocado la reunión no solo porque la muerte del capitán Esparza les ha impactado, sino porque ha de evacuar al Ministro de la Guerra un informe urgente detallando el suceso, las posibles responsabilidades e implicaciones. El capitán iba a ser desinado en breve al Ministerio, allí le esperaban. Tendrán que buscar sustituto.

Las caras reflejan tristeza y preocupación.

—Suárez, lo primero, ¿cómo está el asunto de la familia? ¿Sabemos si va a venir alguno al funeral? —Aizpuru requiere a su subordinado.

—Mi general, anoche, a las once, nos llegó un telegrama de la Comandancia de Burgos. Confirman que vendrán dos hermanos, Rafael y Jesús, ambos capitanes de Infantería. Se ponen en camino mañana. Creo que debemos hacer el funeral dentro de una semana, para dar tiempo a que lleguen y reciban las condolencias de toda la familia militar de la plaza. Ellos recogerán las pertenencias del pobre Esparza.

Aizpuru y algún otro de los reunidos asienten con la cabeza.

—Ahora usted, Heredia, cuente. ¿Ha hablado con Seguí? Fue el único testigo de la agresión ¿cómo es

que iban solos? Se confiaron ¿no? Él era el de mayor graduación, ¿cómo fue la cosa? —el Comandante General es directo.

—Ayer tarde estuve un par de horas con Pepe Seguí. Estaba totalmente conmocionado. Al principio casi no podía articular palabra. Se vio prácticamente solo con el cadáver, impotente y con el miedo de que pudieran volver a por él. Me extraña que no lo hicieran. ¿Irían a por Esparza en particular? —Fernández Heredia se detiene, no prosigue, su mirada se va posando en cada uno de ellos, esperando respuesta.

—Al grano, al grano, no hagamos elucubraciones que no conducen a nada. Ciñámonos a los hechos ¿ha dicho de quién fue la idea de salir de esa manera? —tercia Aizpuru.

—Esparza lo propuso. Aprovechaba la inspección al puesto avanzado para, a su vez, despedirse de un jefe de cabila que se encontraba en las cercanías, con el que tenía buena relación, le consideraba su amigo. Le había mandado recado de que lo iría a visitar a una hora determinada. Estas últimas semanas de su destino en Melilla, Esparza quería decir adiós a los que apreciaba. Estaba previsto que fueran acompañados por algunos miembros de su mía. Éstos no se presentaron. Así que salieron con los ordenanzas y un sargento. Miguel fue el que decidió que salían de todas maneras, no quería llegar tarde a la cita con su amigo, eso dice Seguí, no

hay que dudar de su palabra —el Coronel Jefe de Estado Mayor agita las manos para dar contundencia a su explicación.

—Suárez, ¿se sabe por qué no se presentaron los de la Policía Indígena que estaban comisionados? —inquiere Aizpuru.

—Han dicho que Esparza los había citado para una hora más tarde. Tienen de testigos a otros compañeros —el Coronel es parco en palabras.

Los reunidos se mantienen unos minutos en silencio, pensativos. Aizpuru lo rompe y con voz baja, casi un susurro, dice:

—De todas formas, Seguí no debió permitirlo. No tenían que haber salido sin los de la mía.

Se produce un nuevo silencio, esta vez resulta muy incómodo. Monteverde lo rompe:

—Si hacemos un análisis militar de la situación, es indudable que nuestros avances por los llanos de Metalza hacen posible la toma de Dar Drius y nos despeja el camino hacia las Alhucemas. Tendríamos poder sobre las cabilas de Beni Said, Beni Ulixek, Tafersit y Beni Tuzin. Los cabileños se están dando cuenta de nuestras intenciones y de que estamos ganando un terreno precioso. Podríamos ver la emboscada de ayer como una respuesta del enemigo,

no como un ataque personal a Miguel Esparza, no tenemos pruebas de que lo haya sido.

—Sin pruebas, no hay caso —tercia Heredia.

El silencio se adueña de la sala. Aizpuru decide:

—No hay mucho tiempo, tenemos que asistir al entierro, Monteverde, encárgate de preparar el informe para el ministro. Tiene que ser telegrafiado esta misma tarde, a las tres. Nos vemos en la ceremonia. Se levanta la sesión.

Los hombres salen del despacho uno tras otro en silencio, taciturnos, prácticamente no se miran. Pajarero, el único que no ha hablado, lleva lágrimas en los ojos. Miguel Esparza era para él como un hijo. Piensa que no volverá a conocer a nadie tan valeroso, inteligente, capaz y brillante.

A la misma hora, a las oficinas de *El Telegrama del Rif,* en la calle Canalejas 16, llega el cronista Manolo Gutiérrez. Lo ha mandado llamar el director. Al pasar por el café vecino no ha podido evitar mirar hacia la mesa que, semanas antes, había compartido con Miguel Esparza y Mohammed Abd-el-Krim. Un escalofrío le recorre la espalda. ¿Qué me pasa? —se pregunta— aquella reunión fue casual, no hubo nada premeditado, ¿por qué esta sensación de culpa? Debe

de ser que no me he recuperado del impacto que me produjo ayer la muerte de Esparza y la mente me juega malas pasadas. Tengo que pasar página.

Al entrar en el despacho del director, éste le indica que se siente con un gesto y le dice:

—¿Qué tal? Cuénteme lo que sabe de la muerte de Esparza. La versión oficial no, ya ésa la conocemos todos. ¿Qué se dice por ahí? Le habrán contado algo sus confidentes ¿no?

—Apenas sé nada nuevo. No he visto a nadie. Pasé la tarde de ayer en la Comandancia, esperando noticias; tomando nota de la hora del entierro y de si se sabía algo de la familia. Han dicho que vendrán al funeral dos hermanos, también militares. Después me metí en la redacción hasta las tantas.

—Y usted, ¿qué cree? Esa inesperada revista avanzada de Seguí y Esparza ¿cómo supieron de ella los atacantes?, si es que fueron más de uno. Las emboscadas se preparan cuando se tiene información —prosigue ante el silencio de Gutiérrez—. Tengo entendido que la zona de Metalza no tiene tantos escondites. Bueno, no he estado por allí, claro, me lo han comentado. Hoy está mudo ¿eh?

—De veras, no sé nada y no se me ocurre nada. Se me ha quedado la mente en blanco. Es la primera vez que me pasa.

—Bueno hombre, pues recupérese pronto, que hay mucho tajo. ¡Ah! y dígale a su amigo Abd-el-Krim que, de volver al periódico, nada por ahora. Entre usted y yo, ayer me comentaron que no era el momento. Quizá más adelante.

Gutiérrez se levanta con lentitud de la silla. Le parece que tiene plomo en los pies. Con un simple gesto dice adiós con la mano y se va cabizbajo.

También a las nueve de la mañana, Abd-el-Krim entra en su despacho del Tribunal de Apelación de la Oficina de Asuntos Indígenas, donde estudian los recursos a sentencias anteriores. Él es el naib-al qadi-qoddat, lo que viene a ser el presidente, el juez de jueces. Encuentra a su amigo Busif esperándole sentado en el sillón de la mesa de trabajo. No da crédito a sus ojos ¿qué hace aquí éste? ¿Cómo se atreve a venir hoy por aquí?—se pregunta incrédulo— y le hace un ademán para que desaloje su asiento.

—Busif, hoy no es buen día para visitas —le dice con voz cortante— yo he venido de casualidad, a recoger unos papeles. Hoy lo voy a dedicar a estar con mi familia y haré con ellos los rezos. No tengo nada que ver con lo que le ha ocurrido al capitán Esparza. No tengo nada que decirte.

—Solo venía a saludarte hermano —es la respuesta.

Los dos rifeños rozan sus manos derechas, ni una palabra más entre ellos. Busif se marcha cabizbajo.

A las doce en punto del mediodía llega el cortejo con los restos mortales de Miguel Esparza Arteche al cementerio católico de Melilla. Todos los mandos militares de la plaza acompañan, salvo los que están de guardia o retén. Los presentes no recuerdan haber visto una manifestación de duelo de tal calibre. Hay un fotógrafo, enviado por la Comandancia General, para que tome instantáneas del acto, con el fin de enviarlas a la familia, para su consuelo.



Entierro de Miguel Esparza Arteche

El Telegrama del Rif relata lo vivido aquella mañana en el número del día siguiente, en una crónica que titula simplemente *EL CAPITÁN ESPARZA*, en negrita y con un tamaño de letra de los mayores de la página; eso sí, con alguna que otra errata tipográfica:

> A las doce de la mañana tuvo lugar en el cementerio de la Purísima Concepción el cadáver del heroico capitán de la Policía Indígena don Miguel Esparza.
> Concurrieron al acto, que constituyó sentidísima manifestación de duelo, innumerables personas.
> El féretro era conducido a hombros de los comandantes señores Martínez Monje y Redondo, capitán de Estado Mayor Sr. Aizpuru, oficial primero de Intendencia señor Aguirre (D. Pascual) y capitanes de la policía indígena señores Villalba, Pomés y Riaño.
> Precediendo iba el capellán del cementerio D. Francisco Ontíveros, revestido decapa pluvial.
> Presidía el duelo el Comandante General señor Aizpuru, y del formaban parte los generales Monteverde y Jiménez Pajarero, y coronel de Estado Mayor señor Suárez Inclán, jefe de la Oficina Central Indígena.

> Seguían numerosas personas, militares y Civiles, y todos los jefes y oficiales de la Policía indígena francos de servicio.
> Hizo honores al cadáver dos rebaás de fuerzas indígenas de la segunda mía y dos de la tercera, al mando del capitán señor Santa Cruz y tenientes Sres. Real, Escudero y Huelva.

Miguel Esparza Arteche descansa ya en tierra africana, muy cerca del mar.



Entierro de Miguel Esparza Arteche

Los primeros que abandonan el camposanto son Aizpuru y Monteverde. El Comandante General se vuelve hacia éste y le pregunta:

—¿Tiene ya el informe para el ministro, Federico?

—Sí, mi general, se lo he entregado a su ayudante.

—Vengase conmigo al despacho y le damos una leída. Hay que telegrafiarlo ya para Madrid. Espero que el de prensa tenga controlado todo lo que se publica y haga un *dossier* completo para la Comandancia. Bueno, y que se quede con ejemplares de más, para dar a la familia del pobre Esparza. Una madre agradece recibir esas cosas.

Federico Monteverde asiente con la cabeza mientras responde:

—Lo que publica *El Telegrama del Rif* queda de testimonio para la sociedad civil. Hay que tenerlo en cuenta.

Al día siguiente, el sábado diecisiete, *El Telegrama del Rif* da el aviso de la celebración el siguiente sábado, el veinticuatro, de "solemnes funerales" por el alma del "heroico" capitán Esparza. Añade que "el templo aparecerá severa y artísticamente decorado" y recoge que asistirán los dos hermanos que llegarán de Burgos.

Rafael y Jesús Esparza llegan a Melilla el miércoles siguiente. Los recibe en la Comandancia General el propio Aizpuru, acompañado de Monteverde.

—Mis capitanes, la muerte de Miguel ha conmocionado a todo Melilla. Hemos perdido al mejor, es la pura verdad. No tengo palabras para expresar nuestro gran pesar. Trasmitidlo a toda la familia, en especial a vuestra madre. Pobrecilla, no quiero ni imaginar cómo se siente, estará desesperada. Estaba con la ilusión de su regreso inminente ¿cómo la habéis dejado?—Aizpuru hace una pausa.

Los hermanos Esparza se miran y el mayor, Rafael, contesta:

—No la hemos visto, nos hemos comunicado con ella por telegrama. Está en Bilbao. Muy triste y apenada, imaginamos que se refugia en sus rezos y en aceptar los designios del Padre.

Aizpuru hace un gesto de entendimiento y prosigue:

—Espero que la comisión designada para acompañarlos los tenga bien atendidos. Para cualquier cosa que necesiten, aquí estamos. ¡Ah! y ahora Monteverde os contará cómo va la investigación de lo sucedido. La tiene prácticamente cerrada. Los dejo con él.

El día del funeral, *El Telegrama del Rif* publica una esquela similar a la del día dieciséis comunicando la hora y lugar de los funerales. Esta vez, no solo son las autoridades militares las que participan la ceremonia, también lo hacen miembros de la familia del finado.

Ese sábado, los hermanos Esparza Arteche llegan a la iglesia media hora antes de la hora prevista para el funeral. A las puertas del templo está el general Pajarero, que se acerca a recibirlos.

—¿Qué tal estáis? Creo que volvéis a casa esta misma noche ¿no?

—Sí, sí, nos queremos reincorporar a nuestros destinos, a más tardar el martes —contesta el joven Jesús.

—Y de la investigación de la emboscada a Miguel, ¿sabéis algo nuevo?

—El general Monteverde nos dio copia del informe que se remitió al Ministerio. No nos han dado parte de averiguaciones posteriores. O no se han hecho o, si las hay, no deben estar concluidas —esta vez es Rafael el que contesta.

—De las varias versiones que corren por Melilla, la que me parece más plausible, es la de que la emboscada se la tendieron por orden del jefe de una cabila de la zona. Vuestro hermano le creía un buen

amigo. Al parecer, pasó a despedirse de él poco antes de sufrir el tiroteo. Posiblemente, nada más marcharse Miguel, debió ordenar que lo siguieran y matasen —cuenta Pajarero.

—Nunca se sabrá con total seguridad lo que ocurrió, mi general —dictamina un apesadumbrado Rafael—. Lo que usted nos ha contado tiene visos de ser lo cierto. Quien lo planeó tenía que saber que iba a estar en esas coordenadas y con poca defensa.

—¡Qué lástima! No logro hacerme a la idea de que ya no está. No he conocido nunca a una persona tan valiosa como él —contesta el general.

Los hombres quedan en silencio y entran al templo.

El Telegrama del Rif del veinticinco de febrero publica un amplio reportaje de los solemnísimos funerales del capitán Esparza. Se interpretó la misa de Eslava. Asistieron prácticamente la totalidad de los jefes y oficiales destinados en la plaza. El diario recoge que *El sexo bello tenía también numerosa representación, así como el elemento civil, en el que figuraban representantes de todas las entidades y corporaciones de la plaza.* Miguel había dejado huella en el ámbito profesional y en el privado. Esta es la última crónica que el diario melillense dedicada a la muerte del capitán Esparza. Entre el dieciséis y el veinticinco de febrero, las noticias de la emboscada y

las crónicas de los actos de despedida al apreciado militar han ocupado columnas en cinco de los números del periódico.

Una tristeza infinita

Agaete, 1917

La mañana es luminosa y fresca en Agaete. Teresa acaba de regresar de acompañar a Pedrito a la escuela, que no está lejos, en la Plaza de la Constitución. Ha pasado algo de frío, como dicen en el pueblo, "hace pelete". Viene feliz porque le han dado una copia de la fotografía que hicieron al grupo de la catequesis, en la que están sus dos hijos, Pedrito y Rafalito. En el patio encuentra a su madre, la abuela María para los niños, que está entreteniendo a Rafalito y a su primo Estebita con el *Pico, Pico*. Mientras pellizca uno a uno, los deditos de los niños, la abuela recita una y otra vez:

Pico, pico, malorico
Saca la vaca de a veinticinco
Tengo un buey que sabe arar
Trompicar
Dar la vuelta a la redonda
Esta mano que se esconda

Ella pasa a su dormitorio a coger una mantilla con la que se envuelve y regresa a sentarse en el patio,

cuajado de flores y plantas, al pie de la pila en la que el agua fresquita cae a la talla, gota a gota, desde la piedra de destilar de la que penden culantrillos. Quiere descansar un poco porque su embarazo está ya avanzado y se nota algo pesada. Está un poco retirada de donde juegan la abuela y los pequeños. Saca el retrato del grupo y lo contempla embelesada. Sí, allí están, en el centro, en la primera fila Rafalito, detrás de él, en la segunda, Pedrito. ¡Qué orgullosa está de sus niños! Son un amor. Ahora repasa qué chicos los acompañan.



De pronto, siente que alguien empuja bruscamente el portón de la entrada. Es Augusto que entra cabizbajo, con aspecto abatido. El corazón se le encoge a Teresa. ¿Qué habrá pasado? Nunca está de regreso en casa a estas horas…

Augusto no llega hasta donde está ella, se va directamente a la antesala. ¿Qué le ocurrirá? —se pregunta ella, extrañada—. Parece enfermo. Se levanta y entra en la antesala. Allí está Augusto, desplomado en un sillón con la cabeza caída hacia un lado, desmadejado. Teresa, con voz temblorosa, le inquiere:

—¿Qué ocurre? ¿Te encuentras mal?

—Lo han matado, lo han matado —contesta él con voz casi imperceptible.

—¿A quién?, ¿a quién han matado? Dime Augusto, no me asustes —pregunta ella angustiada.

—A Miguel —responde Augusto en un susurro. La emoción le impide hablar más.

Teresa se derrumba en el sofá vecino. Está anonadada. La abuela María entra en la sala, ha oído el portón de la entrada y viene a ver quién es el visitante.

—¿Qué ocurre Teresita? —pregunta alarmada al ver al yerno y a la hija en aquella situación. Barrunta que allí pasa algo muy malo.

Después de un par de minutos, Teresa recupera algo el ánimo y contesta a su madre:

—Mamá, han matado a Miguel. ¿Qué vamos a hacer? Augusto está que no reacciona.

Se acerca a su marido y le intenta coger el telegrama que tiene sujeto entre los dedos de la mano derecha. Le cuesta trabajo sacarlo, Augusto se aferra a él como si en ello le fuese la vida. El telegrama lo firma Mamá Aleja. ¿Cómo estará esa madre? ¡Qué pena tan grande! Con lo que cuesta criar a un hijo y que lo maten en una guerra —piensa atribulada.

La abuela María se ha quedado pálida, no puede articular palabra. Hace un gran esfuerzo para decir:

—Voy a prepararle un cordial. No sé si deberíamos llamar al médico, a Tomás Morales. Le voy a contar ahora mismo a tu hermano Pedro, lo que ocurre y que se acerque a la botica, a preguntar a don Narciso Burrel qué tenemos que hacer. Este hombre se nos va a marchar detrás del hermano. ¡Dios mío!

La fotografía del grupo en el que están Pedrito y Rafalito ha quedado abandonada sobre la silla, en el patio, al lado de la talla del agua. La abuela María la recoge esa tarde y la guarda. Días después, Teresa la echa en falta y pregunta a su madre por ella. La abuela no se acuerda dónde la puso. Ya aparecerá, piensan madre e hija. La encuentra Augusto cuando está buscando en la cómoda unos recibos del fielato, no la ha visto nunca. Extrañado llama a su mujer:

—¡Teresa, Teresa! ¿Cómo no me has enseñado esta fotografía de los niños?

Ella lo mira con lágrimas en los ojos y contesta:

—No sé cómo se me pudo pasar, perdóname.

Toma la tarjeta de manos de su marido y la vuelve a dejar en la primera gaveta de la cómoda. Con ella guarda una corta misiva que acaba de recibir de Leonor Ramos. Le da el pésame por el fallecimiento de su cuñado y le pregunta cómo le va con la nodriza del pequeño. Tendré que contestarle —piensa— le diré que el ama de cría del niño está respondiendo, que es de lo poco que nos va bien en los últimos tiempos.

En la gaveta también está guardado el número del Blanco y Negro del veinticinco de febrero, el que trae un reportaje de la muerte de Miguel, con una foto de él y otra del cortejo fúnebre del entierro. Ella siempre ha coleccionado la revista, le gusta releerla y disfrutar

de los reportajes gráficos. Al final de cada año envía a encuadernar juntos todos los números. Este año será diferente, el reportaje de la muerte de Miguel merece estar en un lugar especial.

Junto con el Blanco y Negro conserva la página del *Diario de Las Palmas* del veintiuno de febrero, la que da la noticia de la muerte y el número del veintiocho del mismo mes del *Mundo Gráfico* que incluye el retrato de Miguel y una instantánea de su entierro. La prematura muerte del heroico militar ha tenido una amplia cobertura en la prensa nacional. Semanas más tarde también guardará, en el mismo lugar, la página del *Diario de Las Palmas* que recoge el ascenso póstumo a comandante de su valeroso cuñado.

Para recuperarse del abatimiento que siente, toma un libro y vuelve a releer los poemas de Tomás Morales, dejando volar la imaginación:

> Cuando en la noche reina la quietud silenciosa,
> y hasta es callado el viento que mueve las espigas,
> desciende hasta mi alma una voz afectuosa...
> Las campanas del pueblo son mis buenas amigas.
>
> Pero hay una entre todas que tiene mis amores
> porque tienen sus sones más infantilidad,
> yo la amo más que a todas sus hermanas mayores
> y aún más que a las campanas grandes de la ciudad...
> . …………………………………………………..

El dos de abril, a primera hora de la tarde, Augusto entra en el dormitorio cuidando de no hacer ruido. Teresa ha dado a luz un niño el día anterior y no quiere molestarla, piensa que debe descansar. Ella está despierta y se dirige a él sonriente:

—Pasa, pasa. Me encuentro bien y el niño está tranquilo. ¿Fuiste ya a apuntarlo?

—No, aún no. Quiero que volvamos a pensar en el nombre. Ayer dijimos de llamarlo Miguel en recuerdo de mi hermano ¿sigues de acuerdo, Teresa?

—Claro que sí —confirma la madre.

El decidir el nombre de los hijos es una cuestión muy estudiada por la pareja. La primera niña se llamó Concepción, llevó el nombre de la patrona de la Villa de Agaete.

—Este niño es una bendición del cielo. ¡Qué fuerte parece! Con ese pelo negro rizado y esos ojos verdosos. Creo que se parece a mi familia. Esta tarde, sin falta, voy a ver al párroco para el bautizo —dice el orgulloso padre.

—No hace falta que vaya a ver a don Virgilio. Aquí lo tienen —dice la abuela María que acaba de entrar seguida del sacerdote.

Esa misma noche, después de una cena frugal —como siempre, sopas de pan con leche, pero esta vez sin queso, no hay— Augusto se queda sentado en la mesa del comedor y se dispone a escribir, a la luz del quinqué, a su madre, a Mamá Aleja. Hace un repaso mental de las cosas que quiere contar. Lo primero, claro está, dar el parte del nacimiento del niño y decirle que se llama Miguel. Quizá a su madre le conforte un poco saber que su recién nacido nieto lleva el nombre del hijo que acaba de perder.

Le saca de sus pensamientos la entrada de María Bárbara, su suegra, en el comedor. Viene a recoger la escudilla y la cuchara que ha utilizado Augusto para la cena. La abuela se detiene a su lado y habla algo agitada:

—Esta tarde he ido a la farmacia a comprar gasas para el ombliguito del niño. No tenían, me dijo el boticario que estaba esperando que le suministraran un pedido mañana, que me avisaría si le llegaban. Hay escasez de todo.

La abuela, subiendo el tono, prosigue:

—Estoy que me va a dar un patatús. Me he asustado con la conversación que mantenía don Narciso con Pepe Álamo —suspira y se apoya con las manos en la mesa con gesto de desesperación.

—¿Qué es lo que decían que tanto le ha alarmado? —inquiere el yerno.

—Comentaban que la guerra va para largo. Que no se ve un final próximo. No lo quiero ni pensar. Estos años de tan terrible miseria se me están haciendo eternos. Y para colmo de males, el invierno no ha sido muy lluvioso y con la dula llega poca agua porque la gruesa no es abundante. Las fincas se están empezando a secar. No sé qué vamos a comer como no vuelvan los buques al Puerto de la Luz. El bloqueo nos trae por la calle de la amargura.

María Bárbara calla y mira inquisitiva a Augusto. Ante su silencio, añade:

—El puerto está vacío, ¡quién lo hubiera dicho! Con el movimiento que tenía, suministrando carbón y avituallando a los barcos que iban para tierras de África y Sudamérica. Las Palmas floreciente, con trabajo para todos los hombres en los muelles. Gran Canaria exportando plátanos y tomates, los agricultores con faena. Las madres tenían alimentos para sus hijos. Ahora solo pueden darles el gofio de millo del reparto. Los niños están enfermando de raquitismo.

Ella calla de nuevo esperando respuesta. Al ver que Augusto sigue pensativo y que la deja hablar sin hacer ningún comentario, remata la charla sentenciando:

—Los ingleses primero trajeron prosperidad con el comercio para después traernos la ruina con el bloqueo.

Augusto reacciona por fin a la desesperación de su suegra y, con voz baja y pausada, le contesta:

—No doña María, hay que tener confianza. El final de la guerra llegará pronto. Los submarinos alemanes que han agravado el bloqueo portuario se marcharán. En nada se recuperan las entradas de los buques al Puerto de La Luz y se normalizan los abastecimientos a los comercios. Los ingleses volverán a utilizar el puerto, lo necesitan. Y habrá trabajo para todos los hombres y comida para sus familias —contesta un siempre optimista Augusto.

La abuela le mira con una tristeza infinita en sus ojos. Ella es muy realista y no alberga mucha esperanza de que la situación mejore.

—Dios lo quiera, por los niños, sobre todo por ellos —responde con voz temblorosa.

Burgos, 1917

Casilda ha llevado a su hijo Rafaelito a pasar unas horas a casa de los padres de Magdalena. Es la primera vez que deja al niño fuera de casa, tiene tan solo diez meses. Hoy ha llegado de Bilbao Mamá Aleja y en la casa se van a reunir con ella todos sus hijos menos Augusto, que está muy lejos, allá en Agaete, en Canarias. Jesús y Rafael volvieron de Melilla y se han tomado el día libre para estar con ella. Concha y Soledad han pedido permiso en sus respectivos conventos.

Han avisado del cónclave familiar a la hermanastra de los Esparza Arteche, a la hermana mayor, Pilar Esparza Larraz. Es hija de un primer matrimonio del abuelo Rafael, que, después de quedar viudo, casó con Mamá Aleja. Con la hermana mayor todos tienen una relación excelente, es una más entre los hermanos. Pero no va a venir hoy porque ha tenido que quedarse en Madrid a cuidar de su familia. La echarán de menos.

Esa tarde se va a celebrar el funeral y antes quieren decidir qué hacer con las cosas de Miguel: la ropa, sus cartas y documentos, la caja con las muchas condecoraciones, las cintas de las coronas que acompañaron sus restos hasta la tumba, las fotografías del sepelio y los ejemplares de *El Telegrama del Rif* que contaron la tragedia. Son tesoros para una madre

desolada y para una familia que los va a preservar durante décadas y hasta cien años después.

Mamá Aleja está imponente de luto riguroso. Alta, algo gruesa, de abundante cabello, hoy cubierto por un velo negro que cubre su cara casi por completo. Al llegar a la casa de su hijo, en la plaza del Duque de la Victoria, le pide a la nuera un vaso de leche caliente, siente frío en las entrañas, está destemplada. Va a tomarlo cerca del ventanal, desde donde puede contemplar la catedral gótica. La vista del magnífico edificio la sobrecoge, el espíritu se le serena. Piensa que debe aceptar los designios del Todopoderoso. Pese a sus profundas convicciones religiosas, le está resultando difícil asumir la muerte del hijo.

Todos están reunidos en la salita, ya se han repartido los enseres de Miguel. La ropa que los hermanos han decidido que no les resulta útil, irá para los pobres de la parroquia. Los uniformes serán devueltos al ejército. Destruirán algunos papeles. Valoran mucho las fotografías, casi todas se las va a quedar Mamá Aleja. No olvidan a Pilar y a Augusto. A éste le enviarán un pequeño paquete postal con alguna fotografía, recortes de *El Telegrama del Rif* y dos medallas militares.

Aleja contempla a sus hijos ¡Qué orgullosa está de ellos! Se abrazan, están dándose cariño, la pérdida del hermano los ha unido aún más. En su cabeza, ella

quiere imaginar que Miguel sigue vivo; que no está allí, al igual que no lo está Augusto, porque los dos viven lejos, en esas tierras allende el mar. Menos mal que a Jesús, el pequeño, no se lo tragó África. Cuando era teniente, hace poco más de cinco años, fue herido en combate en Melilla. Ella fue a recibirlo a Málaga, llegaba evacuado en el vapor Ceriñola. Gracias a Dios que Rafael y Jesús no han vuelto a ser destinados a África —la afligida madre tiene al fin un pensamiento positivo.

La conversación ahora se centra en el hermano ausente, en Augusto. Las dos hermanas religiosas no están al día de las malas noticias que llegan de la hambruna en las Canarias. Ellas no leen todos los periódicos. Mamá Aleja habla con voz temblorosa:

—Vuestro hermano Miguel telegrafió a Rafael con gran preocupación al enterarse de la gran escasez de alimentos que sufren las Canarias.

—Sí, yo le tranquilicé sobre la situación de Augusto y de su familia. Le dije que mamá le escribiría dándole detalles —tercia Rafael.

La madre prosigue

—En mi última carta le conté a Miguel lo que sé. Sí, en las islas las cosas van mal por el bloqueo que algunos países han impuesto a los puertos. De todas formas, yo quiero creer que en casa de Augusto no se

pasa hambre, la familia de Teresa tiene fincas en el Valle de Agaete que producen plátanos y frutas; y donde también crían animales. Y, en el pueblo, anejo a la casa, tienen una huerta que les abastece. No están en la abundancia, pero se defienden para comer. Desde luego, la familia de Teresa es numerosa, muchos a sentarse a la mesa.

Soledad aprovecha que su madre ha dejado de hablar e interviene:

—Yo estoy tejiendo unas chaquetitas abrigadas, de lana, para los niños. Se las mandaremos como siempre, en un paquete.

Aleja retoma la palabra:

—Miguel quería enviarle algún dinero. No sé si le dio tiempo a hacerlo. Ya sabéis que mandé un dinerillo a Agaete. Tuve que coger de los ahorros porque mi pensión de viuda de militar no da para mucho. Me había contado Augusto que la familia tenía que pagar una deuda contraída cuando hubo que dar dote a la hermana de Teresa… —Aleja deja de hablar porque no puede contener los sollozos.

Los cuatro hermanos quedan en silencio. Casilda se decide a cambiar el tema de la conversación y se dirige a su suegra:

—Mamá, la amiga de Miguel, Magdalena, la que conociste en Navidad, me ha preguntado si puede venir a casa, a saludarla, no se atreve sin su permiso. No sé yo si entre ellos había algo más que amistad…

—Bueno, si tiene empeño…Que venga al anochecer, después de que hayamos regresado de la misa —concede Mamá Aleja.

A la salida del funeral, Soledad, Madre María de San Rafael, y Concha, Madre María del Divino Corazón, se van al convento de las Hijas de María Inmaculada, allí pasarán la noche. Rafael marcha a casa de los padres de Magdalena a recoger a su hijo, a Rafaelito, para devolverlo a su casa. Jesús se va a saludar a unos compañeros y promete no volver tarde, estará de vuelta en un par de horas.

Mamá Aleja camina despacio, Casilda va un poco por delante, quiere llegar pronto a preparar la cena. A la abuela todo se le está haciendo cuesta arriba —piensa Casilda— a ver si el niño la anima un poco esta noche. Seguro que sí, es el único nieto que conoce —el recuerdo de su hijo con sus preciosos rizos la hace sonreír. Un par de metros antes de llegar al portal se une a ellas Magdalena. Casilda se detiene y se vuelve para decir:

—Mamá Aleja, aquí está Magdalena, la amiga de Miguel. ¿La recuerda? Cenamos con ella en Nochebuena.

Las dos mujeres se funden en un abrazo largo y no pueden contener las lágrimas. El llanto las alivia en su dolor, una ha perdido a un hijo, y la otra, a su amor. Esa noche sellarán una amistad que se mantendrá durante diecisiete años, hasta la muerte de Aleja. Saben que Miguel, allá arriba, así lo quiere.

La niña y la paz

Agaete, 1919

—Otra vez el pequeño Rafalito no quería dejarme entrar en la casa. Al verme llegar me ha atizado unos cuantos "canillazos". Siempre me hace igual —comenta don Virgilio al entrar, con voz quejosa y una sonrisa cómplice.

Teresa, que está sentada al lado de la cuna, le responde rápida:

—No se lo tenga en cuenta. Ya sabe Ud. lo que pasa. El que entre una sotana en la casa lo asocia el niño con que el sacerdote se va a llevar a un hermanito al cielo. Por desgracia, él ya ha vivido esa experiencia. No puede olvidarse de ello. Es un niño muy bueno y sensible. Ahora le preocupa que se vaya Carmencita.

El párroco se acerca a la cunita y observa al sonrosado bebé que duerme plácido, a Carmencita, que ya ha cumplido los dos meses.

—¡Qué bien se está criando la niña!.. He venido a felicitar el Año Nuevo, que trae otros aires. Con el Armisticio firmado y la lluvia que cae, parece que vamos a olvidarnos de la escasez provocada por la guerra y por la catastrófica sequía del año pasado.

Teresa contesta sonriente:

—Sí. Menos mal que se acabó el bloqueo del Puerto de La Luz y que estamos saliendo de la hambruna. Además, esta vez tengo bastante leche y espero seguir así. Que sea suficiente para criar a Carmencita.

—Pensando en ella —tercia el sacerdote— es una tranquilidad que vuelva el suministro normal de la leche lacteada Nestlé o, todavía mejor, el de la leche acomodada Glaxo. Estos preparados para niños de pecho han salvado muchas vidas. Claro que no todos los pequeños las aceptan bien. A algunos les han producido unas diarreas fatales, o los rechazan sin más. Desde luego, tenerlos disponibles es mejor que el depender únicamente de las amas de cría, que es un no vivir. Me han dicho que este mismo mes de enero llegará un cargamento de estos productos. El año pasado fue terrible en este pueblo, murieron cincuenta niños y muchos de ellos eran lactantes. Bueno, creo que estoy siendo algo imprudente con esta conversación. Perdóneme hija…

Teresa inclina la cabeza hacia la cunita para disimular unas lágrimas que no ha podido detener. Ella

es una de las madres que han perdido un hijo el año anterior. El pequeño Miguel murió con solo veinte meses, aquejado de una desnutrición severa.

En ese momento, se escucha una potente voz que procede del umbral de la puerta.

—La niña trajo la paz.

Quien habla y da un vuelco a la conversación, es el hermano que sigue a Teresa, otro Pedro Martín —el mismo nombre de su padre— al que llaman Padrino porque es el que lleva a todos los hijos de los Esparza Martín a la pila bautismal. Trae en brazos a Agustito. Detrás de él asoman las cabecitas de Pedrito y Rafalito.

—Vengo a ver cómo están hoy mi ahijada y su madre. Acabo de bajar del Ingenio y te he traído fruta, hermana. Aliméntate bien para que puedas dar de mamar a esta gloria. Para mí siempre será "la niña"…

Carmencita duerme plácida, ajena a las cariñosas palabras que todos le están dedicando. Los pequeños se acercan y observan a su pequeña hermanita. Muy blanca y con abundante pelo negro ensortijado. Con cuidado le acarician la cabecita y la barbilla. Están felices con ella. Teresa mira a sus hijos con ternura. ¿Qué les deparará el destino? —se pregunta.

Los niños sonríen, se miran divertidos. Teresa se emociona. Se acabó la guerra y el bloqueo —piensa— y

Agustito parece que se está recuperando del raquitismo. Las cosas parecen ir mejor.

La visita de don Virgilio ha sido corta. Padrino y los chicos salen a dar una vuelta. Hay nervios porque esta noche vienen los Reyes Magos. ¿Qué traerán? Los padres tienen que trabajar mucho la imaginación para no defraudar a sus pequeños…

Se han quedado solos Teresa y Augusto con la recién nacida. Él saca unos periódicos que ha traído para leer con ella. Son los primeros del año, los ejemplares del *Diario de Las Palmas* del dos, tres y cuatro de enero. Empieza leyendo el editorial del día dos, titulada *En el umbral del nuevo año.* Al finalizar comenta:

—Todos están contentos. El fin de la guerra es un hecho consolidado. Gracias a Dios, a nuestros muelles están llegando los cargamentos de carbón para que se pueda de nuevo avituallar a los barcos. Y se está recuperando la exportación de plátanos.

Al llegar a la primera página del número del día cuatro se sorprende:

—¡Teresa! Rimas de Bécquer, con lo que te gustan, escucha:

De lo poco de vida que me resta

diéra con gusto los mejores años
por saber lo que a otros
de mí has hablado,
Y esta vida inmortal…y de la eterna
lo que me toque, si me toca algo,
por saber lo que a solas de mí has pensado.

Los días transcurren con altibajos para los Esparza Martín en la casa de la calle Guayarmina. El cese de la contienda ha creado un clima optimista pero aún quedan coletazos de pesares. Agaete ha estado revolucionado desde hace dos meses, cuando el pueblo se tuvo que manifestar para evitar que un velero que venía de Las Palmas, el Dolorosa, atracase en el Puerto de las Nieves. Se sabía que los tripulantes habían estado enfermos con la gripe y no había seguridad de que hubieran pasado la cuarentena. Fue tal el escándalo que hasta las campanas de la iglesia tocaron a rebato para convocar a la población. La Junta Local de Sanidad terminó solventando el caso, el velero no atracaría sin una visita sanitaria previa.

En Canarias la gripe ha sido mucho menos virulenta que en la Península. El océano ha sido una barrera protectora con el añadido de la importante incomunicación que ha sufrido el archipiélago. La propagación del virus se ha evitado en gran medida. De todas formas muchos pensaban que no se estaban cumpliendo a rajatabla las normas de aislamiento

sanitario. En algunos casos se dejaron entrar pasajeros y tripulantes enfermos, de barcos mal inspeccionados. Como ocurrió con el vapor Infanta Isabel, que atracó en el Puerto de la Luz. Lo sucedido saltó a la prensa. Las autoridades dijeron que traía cientos de enfermos que se llevaron al lazareto de Gando. Se filtró que con algunos enfermos hicieron la vista gorda y que los dejaron en Las Palmas…

En el Ayuntamiento, Augusto, que ejerce de secretario municipal, está despachando con el alcalde. Al acabar, éste le pregunta:

—¿Cómo está su madre? ¿Siguen bien los familiares de la Península? Sé que ha estado preocupado siguiendo las noticias que llegan sobre la gripe en Burgos, la provincia española más afectada. Es donde ha habido mayor mortandad.

—Sí, en Burgos ha atizado bien. Allí se cerraron los teatros, los cines y las escuelas, para evitar contagios. Hasta los párrocos eximieron de la obligatoriedad de la asistencia a la misa dominical. Ahora parece que hay menor incidencia. Mi hermano y su familia tuvieron suerte. Pero he leído que en Bilbao, donde vive mi madre, se está recrudeciendo la epidemia. Estoy esperando carta, ya hace días que no tengo noticias.

—No se agobie. No están aún normalizadas las comunicaciones. No se han recuperado las frecuencias

de los vapores correo. Tenga paciencia —le contesta animoso el regidor.

Una tarde de finales de enero, el médico-poeta está sentado en la mesa de trabajo de su casa de Agaete, en la calle de la Concepción. Leonor y la niña pequeña, nacida solo un par de meses antes, se encuentran descansando. Él aprovecha el momento de tranquilidad para releer varios ejemplares de periódicos atrasados. Los ha guardado porque son los que confirmaban que la guerra había terminado. Le embarga la emoción. Por fin se acabó el terror que cada día ocasionaba innumerables muertos y heridos, muchos desfigurados ya de por vida. Y, en su querida tierra, se acabará la gran miseria. Ganaron los suyos, él siente la anglofilia canaria.

Observa un ejemplar de *La Prensa* de Santa Cruz de Tenerife. La sección de radiogramas está indicada por un dibujo de la Torre Eiffel; la sección de información por cable, por una bola del mundo y un electrón.

La inspiración llega al artista y plasma con su pluma sobre el papel el momento de la llegada de la paz:

¡Victoria!
La palabra flamígera,
plena de trascendentales renuevos,
ha resonado insólita:
voz juzgadora de los tiempos nuevos…
Magnífica de gloria,
vibrando hasta el cimiento soterrado,
con eléctrico grito
al espacio infinito
la gran torre metálica de París la ha lanzado.
……………………………………………..

Un mes más tarde, en febrero, la familia de doña María, junto con un par de amiguitos invitados, está merendando en el amplio comedor de la casa de la calle Guayarmina. Comentan el reciente nacimiento de Andresito, hijo de Panita. La abuela ha hecho, para celebrarlo, unas rosquillas de anís que están "de chuparse los dedos", en opinión del pequeño Rafalito que, hace menos de tres meses, ha cumplido los cinco años.

Los niños están exaltados. Pedrito y Estebita, los mayores, intentan poner orden. Sus esfuerzos apenas tienen éxito. Augusto les está mirando satisfecho. Pedrito, con solo diez años, ha empezado a ir al fielato a echar unas horas. Ganará algo de dinero para ayudar en la casa. A sus padres les ha costado mucho dejarle ir; pero el dinero viene muy bien a la familia, lo necesitan. Pedrito también quiere hacerlo porque sus compañeros de escuela ya empezaron a ir con sus

padres a la zafra del tomate. A partir de los diez años es habitual que la mayoría de los niños del pueblo comiencen a trabajar en el campo. A la escuela siguen asistiendo en las épocas que no hay trabajo.

—Pedro, te haces un hombre, ya tienes diez años y has empezado a trabajar. Recuerda que no debes abandonar los estudios —el padre habla con voz grave— Creo que es un buen momento para que vayas conociendo detalles sobre mi familia. Ven aquí, a mi lado.

—Sí, papá —contesta el niño mientras acude obediente a sentarse junto a su padre.

—Lo primero que quiero decirte es que estamos obligados a respetar a nuestros antepasados y a comportarnos siempre de manera acorde a los principios morales que ellos mantuvieron.

Rafalito, Agustito, los primos hijos de Panita y los amiguitos se quedan muy, muy quietos y observan curiosos. Augusto, sonriendo triunfante porque ha conseguido atraer la atención de todos ellos con sus palabras solemnes, comienza un relato. A los niños les parece un cuento.

—Hijo, nuestro apellido Esparza proviene de la villa de Esparza, en el valle navarro de Salazar, partido judicial de Aoiz. En él vivían hace cuatrocientos años los Eseverri, en la casa solar que se llamaba así,

Eseverri. Entonces, nuestro antecesor Miguel de Eseverri y Eseverri decidió cambiar su primer apellido por el de Esparza y pasó a llamarse Miguel de Esparza y Eseverri. No hay que confundir este Esparza, el nuestro, que proviene de los Eseverri, con el de otra familia Esparza que ya existía en la misma villa. Nuestros Esparza mantuvieron las armas de los Eseverri, un escudo de color rojo intenso (de gules) con un lobo de color oro que tiene un cordero de plata en la boca.

Pedrito, que está mirando a su padre con los ojos tan abiertos que parecen salírsele de las órbitas, pregunta:

—¿Y qué es eso de las armas?, ¿eran pistolas o sables?

Augusto mira al niño con dulzura. Se levanta, se acerca a la alacena y coge papel y lápiz de un estante. Dibuja un esquema del escudo de armas de los Esparza, mientras comenta:

—No Pedro, aquí la palabra armas no se refiere a instrumentos, ni de defensa ni de ataque. Se trata de la insignia que representa o caracteriza a un apellido. Antiguamente se llevaba en los escudos y en la ropa. La forma de la representación indica la época de la que procede. Hoy día se lleva en anillos o se imprime en el papel de cartas y en el reverso de los sobres. Al ver el

membrete, el que recibe la carta ya sabe quién la ha remitido.



El niño suspira con alivio y sonríe mientras contempla con atención el dibujo que ha hecho su padre.

—Nuestra familia Esparza ha tenido un comportamiento ejemplar y también ha demostrado su hidalguía y limpieza de sangre en los papeles. Para ello hicieron un largo expediente hace ciento cincuenta años.

—Y ¿a qué se dedicaban? —pregunta interesado Pedrito.

—Casi todos los varones fueron militares que hicieron brillantes carrera. En las familias de las que fueron sus esposas también hubo ilustres militares. Un hermano de mi bisabuela, Nazario Eguía llegó a Capitán General de Galicia. Era muy importante y un farmacéutico terrorista le mandó una carta con una bomba. Al abrirla explotó y perdió una mano. Unos años antes había defendido con gran valor a Fernando VII. Como premio, el rey le había concedido el condado de Casa Eguía.

—¡Ahí va! —Pedrito da un salto de alegría— ¡Un abuelo conde!

Al ver la reacción del niño, los adultos presentes, con la excepción de Augusto que sigue muy serio, se echan a reír. Hasta el momento se habían mantenido atentos a la conversación pero sin participar en ella. La abuela se atreve a decir:

—Don sin din…campana sin badajo.

La risa se esfuma. Augusto sigue serio, está pensativo. Pedrito se dirige a su abuela:

—¿Por qué dice eso?

Los mayores callan hasta que Teresa interviene con voz firme:

—Son cosas de la abuela, hijo. Quiere decir algo así como que es más importante ser trabajador y ganar dinero para vivir con dignidad que tener títulos de nobleza. Que, solo con títulos, no se come.

Se hace el silencio en el comedor y Padrino, que da por zanjada la conversación, sale corriendo de la habitación mientras reta a los pequeños:

—¡A ver quién se viene conmigo a la huerta a ver si hay caracoles! El que coja más, tiene premio.

Los niños le siguen, menos Pedrito que se queda sentado al lado de su padre.

—Ve con ellos hijo, ya seguiremos hablando otro día. Recuerda siempre lo que hoy te he contado. No hay que olvidar a los que nos antecedieron e hicieron posible el que estemos en este mundo.

—¡Gracias papá! Son historias de la familia que me interesan mucho. ¡Cómo me hubiera gustado conocer a don Nazario Eguía y a todos los demás! Y por supuesto a Mamá Aleja que nos manda tan buenos regalos. Me gustaría abrazarla y darle besos.

—¡Qué noble es Pedro! —piensa Augusto mientras sonríe— ¡Qué buen corazón tiene!

En el asunto de los cuadros de la ermita de las Nieves ha tenido que tomar cartas el obispo. El cuatro de septiembre de 1918, *La Provincia* recoge, en la sección de Fomento y Turismo, la siguiente noticia:

> La Junta Directiva ha acordado el 4-9-18 interesar al Sr. Obispo una disposición encaminada a que se coloquen en las mejores condiciones de seguridad y en forma que sea fácil el presentarlos a la admiración pública, unos cuadros muy notables de la ermita de Las Nieves, en Agaete.

Al siguiente día, el cinco de septiembre, el *Diario de Las Palmas* publica, en primera página, un largo artículo de C. Luis sobre los cuadros. Con gran cantidad de detalles relata una visita que ha hecho a la casa de don Virgilio. Allí ha visto lo cuadros colgados en la alcoba del sacerdote, justo enfrente de su cama. El redactor cree que "ha hecho muy bien el señor cura de Agaete" porque, a su parecer, la ermita no era un lugar seguro. La intencionalidad es clara, apoyar la actuación del párroco. Don Virgilio en el inventario de la parroquia que hace el dieciocho de noviembre de 1918, recoge que el tríptico de la Virgen está en la ermita de Las Nieves. El párroco morirá pocos meses más tarde, en abril de 1919, tras una repentina y breve enfermedad.

Epílogo

El final de la Gran Guerra supuso que cesase la carnicería de las trincheras que produjo millones de muertos y de vidas destrozadas a consecuencia de las heridas de guerra. La economía empezó a recuperarse.

Casos de la mal denominada “gripe española” se produjeron hasta 1920. Los expertos calculan que la enfermedad dejó en todo el mundo más del doble de muertes que la Primera Guerra Mundial. La familia protagonista de estas historias no sufrió bajas con la epidemia.

En las Canarias, la actividad de los puertos se restableció poco a poco. La vida siguió siendo dura porque la situación política y económica del país era caótica.

El conflicto del norte de África se tornó virulento. Abd-el-Krim se proclamó presidente de la República del Rif en 1921 tras la aplastante victoria rifeña de Annual.

Las abuelas, María Bárbara Santana y Aleja Arteche fueron longevas y mantuvieron el luto hasta el último día. Doña María murió en los brazos de su nieta Carmencita que la estaba acompañando. La joven tenía dieciséis años y en ese momento estaban solas en el dormitorio principal de la casa de la calle Guayarmina.

Padrino, Pedro Martín, llegó a edad avanzada, al igual que lo hizo su hermana Cipriana, Panita. Ambos fueron prolíficos y sus descendencias son numerosas. Juan Martín, el hermano que emigró a Buenos Aires, murió allí joven, dejando viuda y dos hijas en la Argentina.

Rafael Esparza Arteche y Casilda Ordozgoiti dieron tres hermanos más a Rafaelito, su hijo mayor. En Madrid, en los comienzos de la Guerra Civil, fueron fusilados, en Paracuellos del Jarama, el padre, que se había retirado del ejército a la llegada de la República con el grado de coronel, y Rafaelito, que entonces contaba veinte años de edad y era ya Jurídico de la Armada por oposición.

Jesús, el pequeño de los Esparza Arteche, tuvo una larga vida y conoció nietos. Realizó una exitosa carrera militar, llegó a General de División. Las dos hermanas Soledad y Concha murieron a edad avanzada, sin descendencia.

Ninguno de los hermanos de Augusto, ni tampoco su madre, Mamá Aleja, viajaron nunca a Canarias. Augusto hizo solo un viaje a la Península después de casado, con el fin de visitar a su madre.

Teresa Martín y Augusto Esparza llegaron a la senectud y conocieron nietos. Ella fue siempre ama de casa, él desempeñó durante su vida distintos cargos administrativos en Agaete, en el Ayuntamiento. El matrimonio se mantuvo unido durante cincuenta y cuatro años, hasta la muerte de Teresa en 1958. Después de la Gran Guerra vivieron varias épocas de estrecheces económicas, la Guerra Civil que llevó a dos de sus hijos al frente, la Segunda Guerra Mundial y muchos días difíciles por ensañamientos políticos.

Teresa tuvo en la lectura una válvula de escape. La de Augusto eran las actividades sociales de un pueblo vibrante, Agaete, alegre por naturaleza, que le acogió con cariño y admiración. Los de la villa reconocían en él a una persona íntegra, su criterio era respetado y sus costumbres imitadas. Durante la misa, si don Augusto se levantaba, todos lo hacían, si él se sentaba, todos se sentaban.

La resiliencia que demostraron Teresa y Augusto ha sido un ejemplo para sus hijos y nietos. Hoy día, la descendencia del matrimonio siente admiración y respeto por ellos.

Los cuatro hermanos Esparza Martín, los hijos de la pareja que sobrevivieron a la alta mortalidad infantil de la época, llegaron a disfrutar de nietos. El mayor de los hermanos, Pedro, fue varios años alcalde de Agaete, al igual que lo había sido su padre.

La Villa de Agaete dedicó una calle al Alcalde Esparza Arteche y una plaza al Alcalde Pedro Esparza. Asimismo, el pueblo ha dedicado el estadio municipal a Andrés Rodríguez Martín, hijo de la tía Panita, que también fue alcalde durante varios años.

Madrid, mayo de 2020